

The background is a colorful, abstract composition. On the right side, a woman with dark hair is shown in profile, reading a book. The rest of the image is filled with various shades of blue, green, yellow, and red, creating a textured, painterly effect. The overall mood is artistic and intellectual.

SANTACRUZ
El corazón de Tenerife

XX CERTAMEN DE

RELATOS BREVES "MUJERES"



XX CERTAMEN DE RELATOS BREVES
“MUJERES”

Edición

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

© de esta edición 2025

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

© de los textos

Las autoras

Ilustradora

Irene Morales

Maquetación

Mónica Pedrós

Impresión

Litografía Gráficas Sabater, S.L.

Depósito Legal

TF 80-2026

XX CERTAMEN DE RELATOS BREVES “MUJERES”

LEYRE ARRUE USOZ

YASMINA ROMERO MORALES

ROSA GLADYS RUIZ DE AZÚA ARACAMA

MANUELA GÓMEZ GARCÍA

LORENA MARÍA PADILLA SÁNCHEZ

SILVIA LOZANO CALATAYUD

Santa Cruz de Tenerife, 2025

Índice

- 09 Presentación
 Jose Manuel Bermúdez Esparza
- 10 Prólogo
 Ana Navarro
- 13 Granito Rosa
 Leyre Arrue Usoz
- 21 El mercado del trauma
 Yasmina Romero Morales
- 33 Sangre de mujer
 Rosa Gladys Ruiz de Azúa Aracama
- 41 Aethelburg, La Bifurcada
 Manuela Gómez García
- 49 Sed
 Lorena María Padilla Sánchez
- 57 La lámpara que no se apaga
 Silvia Lozano Calatayud
- 67 Jurado

Presentación

Es un honor presentar este volumen que recoge los relatos galardonados en el XX Certamen de Relatos Breves Mujeres, una edición especialmente significativa que consolida dos décadas de compromiso con la creación literaria femenina, la diversidad de voces y la potencia transformadora de la palabra escrita.

La prueba del éxito de esta iniciativa del área de Igualdad del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife es el número de participantes, que en esta ocasión ha superado la cifra de 260. Relatos que han llegado desde distintas partes de España, pero también desde otros países como Francia, Bélgica, Ecuador, Argentina, Uruguay o Cuba.

Las páginas que componen este libro reúnen las obras premiadas por el jurado, textos que destacan por su calidad literaria, su originalidad y su capacidad para interpelar a quien los lee. El relato ganador, *Granita Rosa*, de Leyre Arrue Usoz, acerca al lector al miedo que acompaña a muchas mujeres desde la infancia, ese momento en el que son más vulnerables, y en el que aparecen ya las distintas formas de violencia sobre las mujeres.

Al relato de Arrue le acompañan otros cuatro textos en los que se ahonda tanto en la violencia física como emocional sobre las mujeres, pero que también ofrecen esperanza a través del apoyo comunitario entre las mujeres.

Sangre de Mujer, de Roda Gladys Ruiz, primer accésit, ahonda con intensidad en la violencia más visible, la física, la que deja marcas, la que mata. El Accésit a autora local, *El mercado del trauma*, de Yasmína Romero, hace reflexionar a través de una distopía futurista como hasta los recuerdos de las mujeres que han sufrido violencia pueden ser mercantilizados por una sociedad machista.

Completan esta edición los accésits de publicación: *Aethhelburg*, *La Bifurcada*, de Manuela Gómez (segundo accésit); *Sed*, de Lorena Padilla (tercer Accésit); y *La lámpara que no se apaga*, de Silvia Lozano (cuarto accésit), relatos que confirman la riqueza temática y estilística de esta convocatoria.

Este libro es, en definitiva, una celebración del talento literario y un espacio de encuentro para historias que nacen de miradas diversas y necesarias. Agradezco a todas las autoras participantes su generosidad creativa y al jurado su labor, e invito a las personas lectoras a sumergirse en estos relatos que, sin duda, dejarán huella.

JOSÉ MANUEL BERMÚDEZ ESPARZA

Alcalde de Santa Cruz de Tenerife

Prólogo

En el año en que se cumple la XX edición del Certamen de Relatos Breves Mujeres, organizado por el Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, cobra especial importancia destacar la variedad y riqueza de voces que conforman su trayectoria.

Sin duda, parte de la solidez de este certamen no solo está marcada por la apuesta institucional, sino también por quienes, con su talento y habilidades decidieron hacernos partícipes de un universo, singular y a la vez común, en el que los/las lectores/as somos bienvenidos/as.

El gran número de relatos presentados en esta edición, así como su calidad literaria permiten afirmar que todavía queda mucho por decir. Que la igualdad sigue siendo una demanda con múltiples puntos de vista y que es necesario abordarla desde todos los ámbitos con perseverancia. Las historias que están por venir nos darán pistas sobre todo ello. Pero, centrándonos en las de esta edición, quisiera destacar que muchas han girado en torno a la reivindicación del papel de la mujer y sus méritos, entre ellos, el de alcanzar ciertos hitos bajo la imposición de normas y principios claramente sesgados en su contra. En otras ocasiones, las protagonistas han sido ejemplo constante, sin ruido, pero con una profunda asertividad, dejando evidencias de su postura y su labor en pueblos y grandes urbes. En algunos relatos el foco se ha puesto en mujeres relevantes de la historia que nos dejaron su vida como testimonio de la lucha por el cambio. Y también están otras, no menos importantes, que desde una cocina o un diario nos han recordado la importancia de los gestos cotidianos subrayando la importancia de generar un cambio interior en las mujeres: ser conscientes de su propia valía, aunque los mensajes que lanza el mundo continúen siendo otros. Casi en su totalidad llenos de frustración, pánico, contradicción o falso reconocimiento.

Las autoras premiadas escriben desde lugares a veces familiares, a veces incómodos o distópicos y lo hacen atentas, precisas y conscientes de lo que quieren contar y de lo que no necesita palabras para ser entendido. En sus relatos los silencios y las reflexiones nos sacuden con la misma fuerza que los momentos de necesaria reivindicación y acción porque la escritura puede ser un altavoz, pero también un espacio de encuentro y escucha.

Este libro pone el acento en historias contadas por mujeres desde la propia vivencia interior, sin pretender dar respuestas cerradas. Más allá de eso, se trata de contar, mostrar y compartir miradas con el/la lector/a. Es la riqueza de la diversidad, lo que confiere a estas páginas uno de sus mayores atractivos. Al leer estos relatos, se tiene la

oportunidad de conocer a mujeres valientes que dudan y flaquean, mujeres empeñadas en seguir adelante pese a la hostilidad cotidiana, mujeres reivindicativas y conciliadoras, mujeres en cualquier caso con la capacidad de ver aquello que otros normalizan y que, sin embargo, es necesario cuestionar.

Te animo a ti, que tienes este libro entre las manos, a leer, compartir y descubrir en las siguientes páginas todo esto y más. Y me despido, no sin antes agradecer el privilegio de haber leído todos y cada uno de los relatos presentados en esta convocatoria.

ANA NAVARRO

Escritora y Accésit mejor autora local 2024

A black and white photograph of a woman in a white dress reading a book. In the foreground, a large, multi-layered cake is visible. The scene is set in what appears to be a library or a study, with bookshelves in the background.

LEYRE ARRUE USOZ

GRANITO ROSA

Primer Premio

LEYRE ARRUE USOZ

(Donostia-San Sebastián, 1983)

Licenciada en Bioquímica por la Universidad Autónoma de Madrid, ciudad en la que comienza su trayectoria profesional en la industria farmacéutica y cosmética, lo que le lleva a residir posteriormente en París y Barcelona. En 2018, abandona su trabajo de responsable de Marketing en una empresa multinacional para regresar a su ciudad natal y dedicarse a escribir. Hasta la fecha, ha resultado ganadora de dos concursos: María de Maeztu de Relato Breve 2021 (Navarra) y IV Premio Internacional de Cuentos Breves *Maestro Francisco González Ruiz 2024 (Madrid)*, así como finalista de otros dos: Premio Fundación Fomento Hispania 2021 de Relato Breve (Madrid) y el Certamen Jara Carrillo de Relato Breve 2023 (Murcia). Los dos relatos reconocidos en 2021, *Se alquilan barcas* y *Cinco maneras de peinarse*, están incluidos en el primer libro de relatos que publicó en 2023, *El regreso de Saturno*. Actualmente se encuentra inmersa en la escritura de su segunda colección de relatos cortos.

GRANITO ROSA

Los focos cambian de color y la pista se torna azul. Muevo la cabeza de un lado a otro, el pelo me tapa la cara, aunque no me hace falta ver para saber que sigue ahí. Hace diecisiete años que no lo veía. Por supuesto, él no me ha reconocido.

Nota cómo se acerca. Lo miro de reojo y en lugar de su cara atisbo un hombro y parte del cuello, no lo recordaba tan alto. Tal vez en aquel entonces no lo era. Sea como sea, su presencia es intimidante. Le doy un trago al botellín de cerveza. Él comienza a mover sus caderas al ritmo de las mías y mi corazón se acelera. Me giro y gano tiempo.

La pista de baile está llena, no hasta el punto de resultar impracticable, pero si quisiera irme no podría dar zancadas en línea recta, tendría que serpentear entre la gente. Mis amigos están al fondo, en la barra. Desde aquí veo la espalda y el pelo rubio de Maialen. Me doy la vuelta y observo su cara por primera vez: cejas pobladas, pómulos prominentes, pelo rizado. Eso sí que no ha cambiado. ¿Era un niño guapo entonces? Mantengo las distancias sujetando el botellín entre nosotros. Me llega un olor a colonia común, de esas que están de oferta el día del padre. Me vuelvo a girar, necesito pensar. Calculo los segundos que tardaría en llegar hasta Maialen. Doce. Quince tal vez. Las luces se vuelven verdes y veo peor, aun así, la busco entre todos estos hombres, la mayoría morenos, la mayoría en camiseta. Brincando, empujando, disfrutando. Cada tanto, veo algún grupo de mujeres. Más bajas, más encajonadas, bailando en el espacio que ellos dejan. Encuentro la silueta de Maialen, ahora de perfil. Lleva un top negro de cuello alto con los hombros al aire, le queda bien. Sin previo aviso, él me rodea la cintura y su mano toca mi vientre. Contraigo el abdomen mientras me pregunto si oleré a sudor, tengo la camiseta pegada a las axilas. Cojo su mano y me giro como si en lugar de sonar una canción pasada de moda de Daft Punk estuviera bailando salsa y me coloco de nuevo delante de él, aunque no levanto la vista. Él hunde su cara en mi cuello y susurra algo que no entiendo. Siento el tronco tenso y las piernas blandas. Sonrío, me alejo con coquetería, estoy a tiempo de irme.

Las luces cambian de verde a violeta y la gente comienza a saltar con una mano levantada. Alguien nos empuja, él se inclina sobre mí y yo retrocedo hasta chocar contra un podio sobre el que bailan varias personas. Él levanta los brazos y dibuja círculos sobre mi cabeza. Le doy otro trago a la cerveza, que a estas alturas se ha convertido en un líquido caliente y viscoso, y advierto a través del vidrio que su mirada busca la mía. Algo violento le atraviesa la cara, eso tampoco ha cambiado. Me agacho para dejar el botellín en el suelo y cuando me incorporo, él me atrae hacia sí sujetándose de las trabillas del pantalón. Distingo cierta impaciencia asomando en su cara. Meto las manos en los bolsillos delanteros del vaquero, adelanto el pecho y lo miro con rabia; la rabia y el deseo a veces se confunden. Me retiene por el hombro y aproxima su cuerpo hasta entrar en contacto con el mío a través de la pelvis.

—¿Cómo te llamas? —escucho ahora claramente.

Las luces cambian a un amarillo chillón. El DJ retira la línea de bajo y el bombo, dejando únicamente la caja y la melodía, y esta última entra en bucle, como si se hubiera quedado enganchada. El tiempo se suspende. Desde donde estoy, puedo ver al DJ encaramado a una cabina algo elevada y abierta, sin cristal separador. Una decena de personas está justo debajo con los brazos extendidos pidiendo el drop, pero él no lo suelta. En lugar de desesperarse, saltan y se agitan en una especie de éxtasis. Cuando yo vivía aquí, hacía lo mismo; entraba en comunión con cada cosa que pasaba en esta pista de baile. Pero ahora no vivo aquí y lo que pasa en esta ciudad no me interesa. Maialen y mis padres son los únicos lazos que conservo, pero esa no es la razón, la razón está en las calles. Hay algo impregnado en ellas, una sustancia caliente y viscosa que, a diferencia de la cerveza, me obtura la glotis y no me deja respirar, y vuelvo a tener diez años, y sé que son diez, porque a los once mis padres compraron el piano y dejé de practicar en el del conservatorio. Un conservatorio que todavía existe y que está situado en los soportales de varios bloques de viviendas. Para acceder a él había que empujar una pesada puerta de madera y subir unas escaleras de caracol; todas las aulas se encontraban en la primera planta. Todas menos una. Un habitáculo minúsculo en el que únicamente había un piano vertical desafinado, para que los alumnos que no tuvieran uno practicaran. Yo lo hacía los lunes, miércoles y viernes de siete a ocho de la tarde. La puerta estaba tan destartada que

parecía la de un trastero abandonado. Dentro olía a algo asqueroso, a humedad, a queso, a ratas muertas. Cuando cerrabas la puerta y bajabas los dos escalones parecía que estuvieras encerrada en una tumba. Después del colegio, iba a casa a hacer los deberes y a las siete menos diez salía con la carpeta de partituras bajo el brazo. Atravesaba la calle principal y un parque infantil situado detrás de la iglesia, y luego subía las siete escaleras que daban a los bloques. Frente a ellos se extendía una enorme explanada, siempre atestada de niños en legítima posesión de un sinfín de balones. Yo encogía los hombros, sujetaba la carpeta contra el pecho e intentaba sortear a cada niño y a cada proyectil, que para el caso era lo mismo. Nunca corría. En tensión pero digna, alcanzaba los soportales, para luego avanzar cincuenta metros, estrategia que no eliminaba del todo las amenazas: algunos balones chocaban contra la pared, no siempre de manera involuntaria. A la altura del conservatorio, había un cubo de cemento de unos veinte metros cuadrados y un metro de alto que parecía un escenario. Los niños que se subían ahí no lo hacían para jugar a nada, sino para dejar claro su estatus: eran los mayores. No mucho mayores, un par de años, tres a lo sumo, pero suficiente. Así que ahí estoy yo, coleta alta, carpeta en pecho, avanzando pegada a la pared mientras esquivo balones grises desgastados, hasta que unos metros antes del conservatorio toda acción se detiene porque el cubo, como toda fortaleza, crea un perímetro de seguridad a su alrededor. Nadie quiere molestar a los mayores. Entonces aprieto aún más las partituras y me adentro en tierra de nadie. Durante unos segundos no se oye nada. Un silencio que me permite escuchar los latidos de mi corazón, pero no me tranquiliza. Me da cierta tregua, eso sí, me permite creer que esta vez no va a pasar nada, que me voy a librar, me anima incluso a cantar victoria, una victoria sin oxígeno —hace varios metros que no respiro—, pero una victoria al fin y al cabo, aunque cantada antes de tiempo, porque a escasos diez metros de la puerta del conservatorio un soldado, siempre el mismo, grita desde la fortaleza:

—¡Eh! ¡Ahí viene! ¡La putita del piano!

Y me giro, y odio girarme, porque podría no ser yo, podría ser cualquiera, pero sé que soy yo, y durante un segundo no puedo evitar girarme y divisar al soldado a lo lejos. Cada lunes, cada miércoles, cada viernes. El gran insulto. Algo en mí se detiene y se queda ahí, muerto, tirado en el suelo. El asesinato de algo que no me

preocupo ni de recoger, porque si de algo estoy segura es de que jamás me paré. A mis veintisiete años, no sé si he conseguido revivirlo o su cadáver sigue bajo aquel soportal, y no lo sé porque nunca he vuelto. Sea como sea, ahora tengo diez y no puedo pararme a pensar en nada de eso, solo en seguir avanzando, poner un pie delante del otro con la vista fija en el tirador dorado de la puerta, ese que todavía no alcanzo porque aún me quedan seis metros, así que camino, con los dedos blancos de tanto enrosarlos en las gomas de la carpeta, mientras recorro los dichosos seis metros escuchando una y otra vez las cuatro palabras retumbar en mi cabeza. ¿Qué quieren decir? No lo sé. Fea, gorda, estúpida. Esas las entiendo. Las puedo coger, observar, girar del derecho y del revés. Estas no.

Aun así, lo intento.

Pu-ti-ta. El diminutivo está claro. Soy pequeña, soy más pequeña que ellos, porque soy menor y porque soy una niña. Una niña es más pequeña que un niño. La ratita presumida.

Pu-ta. ¿Qué significa? No lo sé. Es algo abstracto, es una mancha. Es algo que haces que no deberías hacer. No. Es algo que das que no deberías dar. Tiene que ver con mis tetas. No. Con la regla, con mis piernas, con mi vagina. Con mis deportivas recién estrenadas creo que no, con la coleta tampoco. ¿Entonces con qué? No lo sé, y seguiré sin saberlo, porque no lo preguntaré. Lo absorberé como una comida repugnante que es mejor tragar sin masticar.

Del piano. El piano en sí mismo no es un insulto. No es un violín, que chirría, ni un acordeón, que te hace parecer ridícula al arquear los brazos, tampoco una flauta travesera que te obliga a torcer la boca. El piano es elegante, poderoso. Beethoven, Schubert, Holly Hunter. ¿Entonces? Tal vez tiene que ver con el territorio. Su territorio, no el mío, yo no tengo territorio. Yo solo atravieso el suyo encogida, posando únicamente las puntas de mis zapatillas blancas e inmaculadas. Ellos están en las calles, ellos son las calles, y yo soy una niña que cuenta compases. Una niña a la que le gritan, en la calle, y también en el conservatorio, porque eso que tengo delante es una corchea, o es que no veo que es una corchea, no es una negra, ni una blanca, es una corchea, coño, una nota con brío, ligera, ágil, que no se posa, no se detiene, no se queda ahí, colgando, mientras cada semana alguien le grita "La putita del piano". Alguien, un soldado, siempre el mismo. Cejas pobladas, pómulos

prominentes, pelo rizado. Algo violento atravesándole la cara. Un soldado, que ahora repite:

—¿Cómo te llamas?

—Laia —digo, levantando el mentón—. Aunque probablemente me recuerdes como “La putita del piano”.

Es difícil percibir su reacción; los focos se vuelven azules y su cara se llena de sombras. Su cuerpo deja de tocar el mío. Un haz rosa incide sobre mí y yo misma me vuelvo rosa, una mole de granito rosa, enorme y brillante, que sigue mirándolo fijamente.

El DJ por fin suelta el drop y las personas que están bajo la cabina saltan y se abalanzan unas sobre otras, formando una masa oscura salpicada de dientes blancos. Se me ocurre que no conozco los suyos, nunca lo he visto sonreír. Me pongo de perfil y me abro paso entre la gente valiéndome del movimiento cortante de mis hombros, hasta acariciar la espalda de Maialen. Tardo catorce segundos.

A black and white photograph of a woman in a white shirt looking at a book in a market stall. The background is filled with various items, possibly books or papers, creating a busy, textured environment. The lighting is soft, highlighting the woman's face and the book she is holding.

YASMINA ROMERO MORALES

EL MERCADO DEL TRAUMA

Accésit mejor autora local

YASMINA ROMERO MORALES

(San Cristóbal de La Laguna, Tenerife, 1981)

Filóloga, investigadora, escritora y profesora universitaria. Aunque nació en La Laguna, creció en Santa Cruz de Tenerife, territorio al que permanece vinculada y desde el que se ha ido configurando parte de su mirada como autora local.

Es doctora en Filología por la Universidad de La Laguna (2016), licenciada en Filología Hispánica, y cuenta con un Diploma de Estudios Avanzados en Estudios Árabes e Islámicos, además de dos másteres en Estudios Feministas y en Literatura Comparada y Crítica Cultural. Su tesis doctoral fue distinguida con el Premio Extraordinario de Doctorado.

Su trabajo se sitúa en la intersección entre literatura, feminismo y activismo cultural, con especial atención al mundo árabe-islámico y las violencias sexuales, ejes desde los que aborda la escritura como herramienta crítica.

Ha publicado y editado libros como *Moras* (2019), *Las nadies de la narrativa española escrita sobre Marruecos* (2021) o *Tuya... Epistolarios femeninos en el mundo literario hispánico* (2024). Es profesora de Literatura Hispanoamericana en la Universitat de Lleida, donde coordina el Grado en Filología Hispánica, y codirige *Clepsydra. Revista Internacional de Estudios de Género y Teoría Feminista*, vinculada a la Universidad de La Laguna.

El mercado del trauma

A Sara no le costaba reconocerlo: el sistema estaba diseñado para no cambiar. No porque fuera defectuoso, sino porque funcionaba exactamente como debía. La violencia sexual no era un fallo del mundo, sino su columna vertebral. Las cifras eran conocidas, aunque siempre se quedaran cortas: se denunciaba una violación cada dos horas, y eso sin contar las que nunca llegaban a ningún sitio. La prostitución seguía garantizando el deseo masculino con tarifa plana. La pornografía convertía el trauma en espectáculo. Las violaciones —las visibles y las invisibles, las que dejaban moratones y las que solo dejaban silencio— seguían ocurriendo sin interrupción. No importaba cuántas leyes se reformaran, cuántas campañas se emitieran, cuántas marchas llenaran las calles. Las víctimas seguían siendo quienes tenían que justificarse. Los agresores, quienes volvían a casa.

Y no era solo allí. En todas partes, el cuerpo de las mujeres seguía siendo botín, castigo, mercancía. Desde las explotadas en pisos, las intercambiadas por asistencia humanitaria en zonas de guerra, hasta las niñas violadas por sus familiares. El cuerpo femenino no necesitaba estar en venta para ser vendido.

Y sin embargo, cada mañana, Sara se sentaba frente a su ordenador, se servía un café y revisaba expedientes. Sabía que eso no cambiaba el mundo, pero, al menos, permitía que algunas mujeres —las más hundidas, las más solas, las más desgastadas— pudieran olvidar.

Trabajaba en el departamento legal de SomaTech, una empresa que en pocos años había perfeccionado el sistema más avanzado del mundo en supresión de memoria traumática. No había magia, ni hipnosis, ni milagros. Solo tecnología: implantes neuronales, mapeo emocional, extracción sincrónica de recuerdos de alta carga. A las pacientes se les borraba aquello que no las dejaba dormir. El horror con nombre propio. El fragmento de sus vidas que les impedía tocar, amar, ser tocadas, vivir. No era justicia. Pero era paz. Y eso, en este mundo, ya era mucho.

Sara había llegado allí después de años de precariedad. No era una heroína. Era una mujer cansada que conocía de cerca la

fractura que deja el trauma. Su hermana, Miriam, había sido violada a los diecisiete por tres chicos del instituto al que las dos iban. Aquello destrozó su casa, a sus padres y sobre todo a su hermana. Nunca hubo condena. Solo silencio. Y síntomas. Demasiados.

Un decenio después, cuando ya nadie esperaba nada, Miriam firmó el tratamiento. Al tercer día, volvió a dormir. A la semana, sonrió. A los dos meses, dijo: “No sé qué pasó, pero ya no me duele”.

Por eso, cuando llamaron a Sara de SomaTech, le agradó. Había dejado su currículum en muchos sitios —bufetes, fundaciones, algunas empresas del sector tecnológico—, pero esta empresa le gustaba especialmente, sentía que el trabajo respondía a una necesidad. Era una empresa privada, sí, pero con un propósito claro: ofrecer a las mujeres una salida cuando todo lo demás había fallado. El tratamiento tenía un coste, pero también un valor: permitir que alguien volviera a dormir, a caminar tranquila, a vivir sin cargar con una violencia que no había elegido.

En cuanto a su trabajo, no era nada heroico. Era frío, técnico, pero para Sara eso estaba bien. Ella no apagaba los recuerdos. Solo los legalizaba. Verificaba documentos, validaba consentimientos, y se aseguraba de que cada borrado de memoria se realizara dentro de los límites legales establecidos. Y no porque creyera en el poder de la ley, sino porque conocía demasiado bien lo que ocurre cuando no hay ninguna. Y, al menos sobre el papel, la ley todavía obligaba a fingir que existían ciertos límites.

Encendió la terminal. El logo blanco sobre azul flotó un instante antes de que se desplegara la interfaz: “SomaTech. Tu paz, en tu control”. Nueve nuevos casos. Siete estándar. Uno con revisión médica. Uno, en rojo: revisión legal manual.

Sesión B43-0F7

Paciente: mujer, 27 años.

Origen: red de trata transnacional.

Estado emocional: disociación severa.

Protocolo sugerido: supresión total de memoria asociada a experiencias sexuales.

Sara reconoció el ID. Había autorizado la evaluación previa semanas atrás. Recordaba a la paciente en la sala de espera: cuerpo encogido, mirada fija en el suelo. Llevaba una sudadera gris sin cordones, demasiado grande para su cuerpo y con un dibujo en el pecho de una mariposa azul, sonriente, rodeada de pequeñas estrellas. En el antebrazo izquierdo, había notado lo que parecían quemaduras de cigarrillo, mal cicatrizadas, cubiertas de un parche cutáneo transparente. Sabía que había clínicas que ofrecían tratamientos para borrar el rastro físico de las lesiones.

Sara abrió el documento. La cláusula 17 seguía siendo la misma: "El/la paciente reconoce que la experiencia emocional extraída podrá ser almacenada de forma anónima y utilizada para la mejora de procesos terapéuticos futuros, siempre dentro del marco de la Ley de Emociones Transferibles de 2035".

Había leído esa cláusula cientos de veces. Sabía que el consentimiento legal no era lo mismo que el consentimiento ético. Sabía que firmar no siempre significaba querer.

Pero también sabía que, en un sistema que no protege a las mujeres, lo mínimo que podía hacer era no obligarlas a recordar. Marcó la casilla. El sistema zumbó con suavidad.

Sesión autorizada. Carga de protocolo en curso.

Una notificación lateral se desplegó con el diseño limpio y brillante de los mensajes corporativos: "94,7% de nuestras pacientes declaran haber recuperado su vida tras la terapia. Aquí las mujeres vuelven a empezar".

Sara cerró la ventana. Bebió un sorbo de café. Abrió el siguiente expediente. Elimine, archive, firme. A veces, pensó, la paz no viene en forma de revolución. Viene en PDF.

El resto de la mañana transcurrió sin incidentes. Sara procesó seis expedientes más, ajustó un par de cláusulas, respondió dos correos legales sobre jurisdicción de datos y autorizó una modificación menor en un consentimiento tramitado desde una zona sin supervisión clara. A las doce y veinte, cuando ya pensaba en levantarse a por otro café, apareció un nuevo mensaje en su bandeja interna. "Asunto: Licencia de sesión – B43-OF7".

Durante una fracción de segundo pensó que era una duplicación del caso anterior. Pero al abrir el archivo, vio que no era un formulario clínico ni un contrato legal. Era una factura. Un documento breve, con el membrete de SomaTech y un código de cliente irreconocible.

CONCEPTO:

Licencia exclusiva de acceso inmersivo.

Sesión B43-0F7.

Categoría: trauma emocional con alta carga afectiva.

Duración autorizada: 42 minutos.

Uso personal – sin opción de descarga.

Tarifa: 18.700 EUR + IVA.

Sara leyó las líneas dos veces. Luego volvió al nombre del archivo. Licencia. Acceso inmersivo. No era terminología clínica. No era legal. Era comercial. Volvió a mirar el número de paciente. B43-0F7. Era la misma mujer de esa mañana, la de la sudadera de la mariposa. La que venía de una red de trata. La que no hablaba.

Cerró el documento. Lo volvió a abrir. No había error aparente. El documento estaba correctamente archivado en el sistema, aunque no debería haberle llegado. Al menos, no a ella. Durante unos segundos, pensó en reenviarlo al área técnica. O al equipo de soporte. Luego dudó. En SomaTech no circulaban archivos por accidente. Cada flujo de información estaba medido, trazado, auditado. Buscó el nombre del cliente asociado al código de facturación, pero no había ninguno. Solo una dirección cifrada. Nivel de acceso: restringido. Intentó entrar en el historial del archivo. Le saltó un aviso: "Acceso no autorizado. Se ha notificado esta consulta a la supervisión interna".

Sara no volvió a intentarlo, se echó para atrás en la silla que crujió como una vértebra que recuerda su desgaste y se quedó unos segundos mirando la pantalla en blanco. Luego cerró la pestaña, abrió otro contrato, y forzó a sus ojos a seguir leyendo. Pero algo se había desplazado. Como una nota desafinada dentro de una melodía repetida mil veces. No era lo que había visto. Era que nadie más parecía estar viéndolo.

Sara no volvió a mirar la factura hasta la mañana siguiente. Sabía que algo no encajaba. No por el formato del documento, ni por el precio, ni siquiera por la jerga, sino por lo que arrastraba detrás: la sospecha de que alguien —en algún departamento, con algún permiso— estaba monetizando el dolor de una mujer. Y no de una sola. De muchas. Una tras otra.

Abrió el archivo. Volvió a leer: “Licencia exclusiva de acceso inmersivo. Sesión B43-OF7. Categoría: trauma emocional con alta carga afectiva”. Efectivamente, no era un lenguaje médico. Era lenguaje de producto. El trauma convertido en experiencia. El dolor como contenido.

Intentó rastrear el código en los registros internos. Necesitaba entender. Entró por donde podía: sin forzar accesos ni tocar lo restringido. Una consulta cruzada en el sistema de archivo legal reveló una categoría que no había visto antes: A-ALT. Y lo que encontró no estaba oculto. Simplemente no era para ella. Seis sesiones marcadas con la misma etiqueta. Todas pacientes con protocolos de supresión total. Todas mujeres. En su mayoría, víctimas de trata o violencia sistemática. Una de ellas tenía solo catorce años en el momento de la sesión. Al lado de cada código, etiquetas que parecían extraídas de un catálogo: “Memoria sensorial intensa”, “Escena de sumisión real”, “Resistencia emocional sin clímax”.

Sara se quedó leyendo en silencio. No lo entendió todo de golpe. Pero algo sí. Había algo en ese lenguaje, en esa sistematización del sufrimiento, que reconocía. En la carrera tuvo una profesora abolicionista que hablaba de la prostitución como una arquitectura del dolor rentable. Era una asignatura optativa, apenas elegida por unas pocas. Pero ella se quedó con todo: las cifras, los informes, las frases que otras mujeres habían dicho sobre sí mismas sin saber que estaban hablando del sistema. Ahí fue donde entendió que no era necesario que hubiera placer para que existiera sexo, ni deseo para que existiera consentimiento. Bastaba con que alguien pagara y que la otra parte no tuviera opción.

Y eso era lo que ahora estaba viendo con claridad: una industria nueva que vendía lo mismo de siempre —la experiencia del sometimiento femenino— sin necesidad de cuerpos, sin cámaras, sin contacto. Solo recuerdos. Extraídos, anonimizados y revividos

por otros. No se trataba de grabaciones. No eran vídeos. Era otra cosa. Una tecnología que permitía, probablemente, revivir escenas extraídas del recuerdo de otras mujeres. Revivirlas desde dentro. Experimentar su miedo, su confusión, su parálisis. Solo el núcleo del trauma, destilado y vendido. No podía creerlo. O sí. Siguió leyendo. Una de las sesiones tenía comentarios. Puntuaciones. Un cliente había dejado una nota: “Realismo excelente. Se siente auténtico. El momento en que deja de resistirse es lo más potente”. Y lo peor es que Sara no se sobresaltó. No era una sorpresa. Era una confirmación. Lo que ocurría allí no era un uso ilícito. Era la continuación lógica del sistema prostitucional disfrazado de solución terapéutica. Las pacientes no daban su consentimiento: cedían. Como siempre. Cedían porque no podían más. Porque habían sido socializadas para obedecer, para agradar, para sobrevivir adaptándose. Y ahora, con una firma —que no era sexual, pero sí política—, cedían el último bien que les quedaba: el relato. Lo que les habían hecho. Lo que apenas podían nombrar. Eso ahora se podía vivir y revivir. Por 18.700 euros, más IVA.

Sara cerró el sistema. Apoyó la frente contra la palma de la mano. Recordó la frase de su hermana años atrás: “No sé lo que me pasó, pero ya no me duele”. Entonces lo pensó con una claridad insoportable: el dolor de Miriam, borrado con precisión quirúrgica, podía estar ahora convertido en recreo ajeno empaquetado en alta definición. Y ella, que al fin había logrado no recordar, podía estar siendo violada de nuevo —una y otra vez— en aquel cuarto de baño del instituto.

Para siempre. Por cualquiera.

Y nadie lo sabría.

Y nadie podría impedirlo.

Porque ya no era Miriam.

Era solo una experiencia.

Una licencia *premium*.

Sara no volvió a abrir el archivo. No hacía falta. Ya lo había entendido. Y lo que había entendido era lo más difícil de asumir, aquello no era un error, ni una desviación, ni una zona gris opera-

tiva. Era el sistema. Una arquitectura perfectamente diseñada para que la violencia sexual, una vez borrada de la mente de la víctima, pudiera circular limpia, procesada, disponible. No como delito, sino como producto.

Y nada fallaba. Cada paso tenía su sitio: la sesión clínica, el consentimiento firmado, la extracción del recuerdo, su clasificación por nivel de intensidad emocional. Como quien gestiona materias primas. Como quien refina una experiencia ajena hasta hacerla deseable.

Y ella, sin saberlo, era parte de esa cadena. Había pensado que estaba sosteniendo, cuidando, reparando. Pero lo que sostenía era una industria y lo que cuidaba era el acceso a un sistema que ya no necesitaba cuerpos presentes para explotar la violencia sexual: le bastaban sus huellas.

Los días siguientes no cambió nada en la rutina de Sara, al menos en la superficie. Se levantaba a la misma hora, entraba en la plataforma legal, respondía los mismos correos. El café de la máquina seguía sabiendo a cartón con posos. Las sillas seguían siendo incómodas. El lenguaje, exacto. Aséptico. Automatizado. Firmaba. Archivaba. Validaba. Como siempre.

Pero ya no era igual. Porque ahora sabía que lo que hacía no se detenía en el punto donde ella lo dejaba. La autorización que firmaba no solo liberaba a una mujer de su recuerdo, sino que liberaba ese recuerdo —su forma, su olor, su temperatura— para que otros lo revivieran. Y no como empatía. No como justicia restaurativa, sino como producto. Y ella estaba participando —sin saberlo, pero sin poder ya negarlo— en esa forma más sofisticada de dominación.

No era nuevo. Lo había leído, lo había escuchado. Aquella profesora suya, en la carrera, lo decía con claridad: “En el capitalismo patriarcal, el cuerpo de las mujeres no se explota solo por su uso, sino por su historia. El relato se convierte en activo. Y si no lo cuentas tú, alguien lo cuenta por ti. Y lo vende”. Eso hacían ahora. No contaban la historia. La reproducían. Mujeres que no podían más firmaban su derecho a olvidar. Y, al hacerlo, sin saberlo, cedían el acceso a lo único que aún era suyo: la experiencia. No su voz, no su recuerdo. Sino la sensación exacta de haber sido vencidas.

Una mañana, mientras revisaba un contrato nuevo, notó que le costaba enfocar la pantalla. No había dormido bien y el cansancio se le había quedado pegado al cuerpo. Pero no era solo agotamiento físico. Era la conciencia nítida, sin dramatismo, ni exageración, de que no había salida. Ni para ella, ni para ninguna. Aquello no dependía de su voluntad ni de su resistencia. El sistema seguiría funcionando igual, con su firma o sin ella, dentro o fuera de esa oficina.

Y esa certeza no la derrumbaba: la situaba. Si desaparecía SomaTech, otra compañía ocuparía su lugar. Si se prohibía el acceso inmersivo, inventarían otro formato. Porque la demanda no era tecnológica. Era cultural. Estructural. Era masculina. El problema no era el archivo. Era el deseo de mirar.

Así que terminó su jornada. Cerró el sistema. Enjuagó la taza de café en el baño con una parsimonia que no era limpieza, sino aplazamiento. Y entonces lo hizo. Bajó dos pisos y pidió hora para una sesión de alivio funcional. Como empleada tenía derecho a una tarifa reducida. No requería siquiera evaluación psicológica. Solo un motivo. En el formulario, escribió: "No es que no quiera recordar. Es que no quiero seguir sabiendo".

Sara encendió la terminal. El logo de la empresa flotó unos segundos sobre fondo blanco antes de desaparecer: "SomaTech. Tu paz, en tu control". Contratos pendientes, formularios por validar, una nueva tanda de autorizaciones legales. Todo estaba en orden. El cursor parpadeaba esperando su movimiento. Sara estiró los dedos, bebió un sorbo de café —frío, como casi siempre— y abrió el primer expediente.

Sesión B43-0G9

Paciente: mujer, 31 años.

Origen: circuito urbano de prostitución.

Estado emocional: disociación severa.

Protocolo: supresión total de memoria asociada a experiencias sexuales.

Leyó la cláusula 17. Marcó la casilla. Validó el consentimiento. Elimine. Archive. Firme. Se sirvió un café. Estaba frío, pero no lo notó. Miró la pantalla. Sintió que algo vibraba en la base del estómago, pero lo atribuyó al sueño. Al café. A una jornada más.

Abrió el siguiente expediente.

Y el sistema siguió haciendo lo suyo.



ROSA GLADYS RUIZ DE AZÚA ARACAMA

SANGRE DE MUJER

Primer accésit de publicació

ROSA GLADYS RUIZ DE AZÚA ARACAMA

(Caracas, 1953)

Ser hija de emigrantes españoles le marcó el doble territorio y el carácter; le dejó la certeza de no pertenecer a ninguna parte y a todas a la vez, su lengua particular, su "voz". De sus estudios de Piano sólo le quedaron la disciplina, un oído especial para la música de las palabras y la artrosis de las manos. Graduada en Periodismo en Universidad Católica Andrés Bello de Caracas, reside actualmente en Tenerife. A los 50 años dice "¡Voy a escribir!" y escribe su primera novela "El disfraz de los sueños" y relatos cortos: algunos aparecen en su libro "Arcamia, donde los dragos sangran", otros han recibido premios como el "Mujeres" del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, La Felguera y El Ana María Matute, los internacionales del Cortázar de la Universidad de la Laguna y del Unamuno de Salamanca, El Encarna León de Melilla, El Alfonso Martínez-Mena de Murcia, El de "Santoña...la mar", El Premio Relato de Caja Canarias y otros.

En 2023 su novela "Cinco camas para un muerto" gana el Premio Talento de Caligrama y en el 2025 publica "Cuentos Derramados".

Espera que la escritura no la abandone nunca.

Sangre de mujer

Tendemos a desestimar el temperamento de la sangre femenina. Pero si le ofrecemos el terreno y la inclinación más convenientes, esta sangre se derrama y se desliza pausada y solemne en todo su esplendor. Hoy pudimos comprobarlo:

Es lunes. Todo discurre a remolque. La primera luz del día avanza a contramarcha por la estrecha y turbia pendiente de la calle esquivando los cables del alumbrado donde aún pende enganchado el frío relente de la noche. No viene mal alzar el cuello de la chaqueta, apretar los muslos para que el aire no se cuele bajo las faldas. Todavía no graznan los cuervos (pero graznarán y reventarán a volar cuando escuchen los primeros gritos). Allá abajo, al comienzo de la calle aparece la mujer. Empuja la silla ortopédica hacia lo alto de Las Cancelas; lo hace con el esfuerzo tortuoso y secreto de quien transporta sobre la silla no un frágil e inofensivo cuerpo de niño sino un engaño, como si transportara un muñeco de trapo que en realidad lleva por relleno todo el plomo del mundo. Su sangre femenina hierve. Llega tarde. Mucho más arriba, la mujer reconoce —desdibujado como una masa ominosa entre las tufaradas que sueltan las calderas— el camión del matadero; una silueta sucia y sangrante descarga a lomo limpio las reses recién beneficiadas y golpea la puerta de la carnicería mientras aguanta sobre el hombro y las espaldas el peso muerto, la tibieza agonizante que aún se niega a desprenderse del cuerpo del animal. La silla se queja: hay un crujir de dientes en el crujido de las ruedas.

Al fin la silla ortopédica alcanza el número 43 y con la ayuda de un enérgico empujón alcanza a salvar el único escalón que accede a la entrada de la Juguetería Shwermein, especializada en eléctricos y mecanismos automáticos. La mujer coloca la silla frente a la vitrina de la juguetería y bombea el freno de las ruedas hasta asegurarse de que quede totalmente inmovilizada; saca las llaves del bolsillo, abre la puerta del local, enciende las luces y corre hacia el percutor que pone en funcionamiento el tren eléctrico del escaparate. Luego regresa al exterior y constata que el niño está bien cómodo en la silla, que las cinchas forradas que le

sujetan el pecho y las piernas se ajustan lo suficiente al cuerpecito como para mantenerlo firme pero sin oprimirle en exceso la respiración o dañarle la delicada piel; le acomoda la mantita sobre el pecho de pájaro, palpa el babero que aún no está empapado de suficientes babas, le limpia los mocos y se agacha a olerle el pañal, “aún aguanta”; antes de erguirse besa los dos pesos muertos de las piernecitas, los pies torcidos que nunca palparán la vida que corre sobre la tierra.

“Mira el tren, Nico... mira qué lindo el tren, es el tren de Nico... tu tren... tren... tren... tren... tren... tren... tren...”, repite la mujer como un mantra hasta que la palabra “tren” pierde su significado y pasa a ser la próxima respiración, el impulso que lleva un pie a adelantarse al otro porque es mejor olvidarse del cansancio, de la mano que no se levantó a tiempo para esquivar el golpe o la ofensa, de las sábanas tendidas condenadas a no secarse nunca. Siente un vuelco brusco en el aliento. Se palpa el pecho: “¿la taquicardia es un don o una condena?, ¿avisa o mata?”... Mira el reloj, debe darse prisa antes de que llegue el señor Shwermein.

El niño, o más bien los ojos del niño — henchidos por la contemplación del estupor continuo—, son los que siguen y persiguen embobados el monótono y constante recorrido del tren eléctrico por la maqueta del escaparate como si lo vieran por primera vez, como si la locomotora —tras detenerse por breves segundos frente a la estación donde el relojito colgante marca siempre las diez y diez— emprendiera su viaje inaugural hacia la gran aventura a través de túneles sin luz, puentes romanos y prados donde pastaron las vacas que ahora esparcen el olor de su carne muerta y aún aterida de espanto... Al señor Shwermein no le molesta que su empleada traiga a su hijo a la juguetería y que lo instale frente a la vidriera; muy por el contrario, juzga que si ya de por sí el tren de juguete funciona como el reclamo más eficaz, no lo es menos la presencia del pequeño macrocéfalo con rostro de ángel bobalicón que atrae la lástima de los transeúntes: posibles futuros clientes que, una vez cumplido el trámite de ejercitar los músculos de su más o menos sincera compasión, desvían aliviados su atención hacia el trencito, y del trencito a los esqueletos danzarines, y de los esqueletos a los coquetos féretros que a golpe de un escondido y bien aceitado mecanismo se abren sorpresivamente, ¡zas!

lanzando hacia la cara de los más cándidos y distraídos espectadores un cadáver espeluznante que llena de gritos y saltos esa guarida siniestra de esperpentos y maravillas.

La mujer, desde el interior de la tienda —mientras se afana en cumplir con todo rigor el ritual que el señor Shwermein le obliga a repetir cada mañana— escucha a lo lejos la conocida tonadilla del afilador de cuchillos anunciando su presencia desde el comienzo de la calle: montado sobre su vieja bicicleta, la armónica sujeta entre los dientes, la piedra de amolar acoplada al sillín, el traqueteo de las herramientas contra la vianda de pelitre, las chispas que pronto soltará el filo del acero. “¡Amolador! ¡Amolador! ¡Cuchillos, navajas, tijeras!”, grita, tomando fuerzas a media cuesta... Al resoplido del llamado van surgiendo de un lado de la calle las modistillas del taller de costura esgrimiendo con orgullo de gladiadoras sus tijeritas de descoser, y del otro el nuevo aprendiz de la carnicería que hoy lleva en el pecho, bajo los brazos cruzados, el juego de cuchillos de su patrón: mellados, sucios, desordenados y confusos, sin la eficacia ni el relumbre ni la convicción de las dagas que tan artísticamente acostumbran a atravesar el corazón de las Dolorosas. Unas y otro, aprendizas y aprendiz, depositan sobre la acera sus aceros, justo frente a la juguetería de automatismos, lugar donde por rutina el afilador instala su destartalado taller de afilamientos y chisporroteos. Las chiquillas no tardan en olvidarse de las tijeritas y saltan a saludar al niño, lo besan y apurruñan hechas puro parloteo y aspavientos “¡Cómo está mi niño lindo!”, “¡Ven aquí, cariño mío!”, “¿Quién es la cosita más rica de Las Cancelas?”, “¡Que me lo como, que me lo como!”...Y le mordisquean las bolsitas de las ojeras, la boca sin madurar, las orejas de viejo. La madre sale a rescatar al niño de aquella horda de frufús de cancanes y carmín barato por donde se abre paso haciendo cuña con los codos y los hombros. “No lo apabullen, niñas, déjenlo respirar que está un poco resfriado, vuelvan al taller”. “Buenos días, doña Sari, ¿su marido pasa hoy a visitarla?”, “¡ay!, sentimos tanto lo de su mamá”, “¿y su marido cómo sigue de lo suyo?”. La mujer no atiende, atiende al niño, le limpia los mocos. Incómoda, reacomoda con disgusto el pañuelo que hoy lleva anudado alrededor del cuello: es de lana, le irrita y le quema la piel, quisiera arrancárselo con las uñas, destrozar-

lo con esas tijeritas de modistilla, lanzarlo al fuego... Se vio las marcas mientras se vestía, intentó por todos los medios ocultarlas cambiando de blusa y luego cubriéndolas con una gruesa capa de polvos pero lo primero fue insuficiente y lo segundo inútil, a última hora pilló la primera pañoleta que encontró a mano.

El afilador lleva los brazos al descubierto y la camisa sin abotonar pues está más que acostumbrado a los fríos del norte, pero igual alza la vista esperando ver el cielo abierto, un rayo de calor, sin embargo solo están las nubes de humo desde donde se esparce una garúa acre y pegajosa que le recuerda cuando era niño y su madre le restregaba la nariz con el trapo sucio de la cocina. Se estremece... "¿Dónde están los cuervos?", se pregunta. Todavía los pájaros no se acomodan unos junto a otros en su habitual cadena fúnebre sobre las cornisas de las azoteas para asomar sus ojillos de delator hacia la calle, atentos a cada jugada, a cada paso en falso. El afilador coge del suelo el primer cuchillo, escupe sobre la hoja y pasa el pulgar por el filo. Está tibio. Mala señal. Es bien sabido que quien conoce los secretos más ocultos del acero no menosprecia el temperamento de los cuchillos, pues sus hojas tienen ojos en la nuca y pueden ver a sus espaldas. Quizás —en virtud de esta cualidad tan desconocida como azarosa— el cuchillo que está a punto de ser afilado ya ha visto al hombre calvo que asciende lentamente calle arriba: lo reconoce, no es la primera vez que lo ve. A medida que este hombre remonta la empinada cuesta se va haciendo más delgado mientras que a su vez su chaqueta se torna más grande y desgarrada; a cada nuevo paso, la calva adquiere sudor y prominencia, los huesos de la cara fuerzan aún más sus contornos sobre la piel hasta darle el aspecto de un espectro... pero un espectro con manos de dedos largos y uñas tersas, de esas manos por las que las cuerdas de un arpa venderían al diablo hasta la última fibra de sus estradísimas almas. El carnicero también lo ve subir y, a pesar de no haber cruzado con él más de alguna que otra palabra de estricta cortesía, cree conocerlo bien y juzga al marido de doña Sari con la misma minuciosidad con la que disfrutaría deshuesando un costillar. En desagravio, el carnicero desvía la atención dedicada al hombre de la calva y la deriva hacia el otro lado de la calle para mirar al niño, a la mujer que repasa con ahínco inútil una mancha

inexistente en el cristal de la vidriera; le desconcierta, sobretodo, el imprevisto pañuelo de “¿lana?” que envuelve el cuello de la dependienta, tan propensa últimamente a los sofocos y el sudor. El carnicero suspira, precisamente él, tan poco dado a los suspiros.

“¡Maestro!, ¿qué pasa con los cuchillos?, ¡que no tenemos todo el día!”, grita el carnicero al afilador, que al escucharlo detiene el pedaleo y agita la cabeza, como si se espantara una mosca molesta. Vuelve a pedalear, la piedra gira, la mano acerca el metal hacia la lija, un nuevo olor se incorpora al aire, los cuervos se posan en los tejados y afinan la puntería, el tren eléctrico acelera imprudentemente antes de tomar la curva más peligrosa del recorrido como si quisiera escapar de los ojos del niño o, simplemente, descarrilar... La mujer se clava las uñas en el cuello.

El hombre calvo termina de definirse al llega a la juguetería, se limpia el sudor con un pañuelo y se agacha a anudarse el cordón del zapato a un paso del afilador. “¡Cuidado!, no se acerque tanto; las chispas engañan”. El calvo ignora la advertencia y permanece doblado sobre el suelo, rodilla en tierra, contemplando las hojas de los cuchillos donde se ve reflejado. Así permanece hasta que se alza y se acerca a la silla del niño y hacia la espalda de la mujer que aún sigue frotando cagadas de moscas en el cristal impoluto. Por algunos segundos el hombre acaricia la inocente cabezota infantil con la mano izquierda, la derecha la usa de contrapeso. La mujer siente la presencia del hombre y se voltea hacia él: “¡Ah, eres tú!”, hacia su mano derecha que ya no es contrapeso sino una hermosa garra que la conmina a acompañarlo. Entran al local. Un reloj de cucú pía nueve veces.

(El tiempo es una sensación misteriosa: a veces se detiene abruptamente como ese salto del corazón que queda en suspenso y que nos mantiene en la zozobra del pánico hasta que vuelve a latir; otras, el tiempo queda como suspendido en un bache del vacío que nos regresa a la Nada, pero que olvidamos de inmediato en cuanto el transcurrir de las cosas recuperan su orden natural).

Pero los cuervos (para los que el tiempo carece de saltos, baches o misterios) permanecen instalados con sus hábitos negros en la atalaya de su dominio público, alongados sobre la calle, acechando a sus presas. El hombre calvo reaparece por la puerta

de la juguetería, pasa junto al niño sin tomarlo en cuenta y se detiene al borde del escalón; duda antes de bajarlo, cierra los ojos y aspira fuertemente por la boca para conjurar el vértigo y los abismos que nunca terminan de cerrarse. Por fin, posa con aprensión el primer pie en la acera, luego el otro. El suelo parece firme, lo sostiene, pero en el cuerpo del hombre todavía persiste una carga añadida de la que debe desprenderse: es el cuchillo que se aferra a la mano derecha. Al sentirlo bajo el puño cerrado recuerda que es un préstamo y que debe devolverlo; da unos pasos hacia el afilador y deposita el cuchillo en el suelo junto a los demás. El afilador lo observa de reojo por un instante y al siguiente no lo vuelve a ver porque el tropel de las modistillas se le abalanza encima a buscar sus tijeritas. El señor Shwermein ayuda a la señora Shwermein a subir el escalón, esquivan juntos la silla del niño y entran en la juguetería. El relojito colgante de la estación marca las diez y diez. Luego, se escuchan los primeros gritos y los cuervos revientan a volar festejando la ruptura de la monotonía, la sangre de la mujer que se derrama por el escalón y se desliza resplandeciente sobre el asfalto, pausada y solemne, llena de vida.



MANUELA GÓMEZ GARCÍA

AETHELBURG, LA BIFURCADA

Segundo accésit de publicació

MANUELA GÓMEZ GARCÍA

Es una apasionada escritora que vive en el pequeño pueblo de Almendral, provincia de Badajoz, donde imparte talleres de lectura y escritura creativa, motivando a jóvenes y menos jóvenes para la creación literaria. Aunque su especialidad son los cuentos infantiles, cuenta con varios poemarios. Su trabajo ha sido reconocido por el Ayuntamiento de Almendral, quien le ha otorgado menciones honoríficas por su contribución a la cultura local.

A lo largo de su trayectoria literaria, ha participado en numerosos premios. Recientemente ha sido premiada en el "II Certamen La Ventana Literaria 2025", organizado por el Ayuntamiento de Almendralejo por su poemario "Anatomía de un día cualquiera", también ha resultado finalista en el XVII Concurso de Relatos para leer en tres minutos, Luis del Val, en el Certamen de Cuentos que convoca ediciones EnKwadres, en el Certamen de Poesía Amalio Gran, convocado por el Ayuntamiento de Villena y ha resultado ganadora en el XI Certamen de Microrrelatos Porciones del Alma, de Diversidad Literaria

Su compromiso con la comunidad la han llevado a conectar con los lectores más jóvenes transmitiéndoles valores a través de sus escritos.

Aethelburg, La Bifurcada

Se llamaba Aethelburg, la Bifurcada. Y se llamaba así porque en sus cimientos mismos latía una dualidad que nadie acertaba a explicar, simplemente se vivía, como se vive el paso de las estaciones o la certeza de la propia piel. Aethelburg existía simultáneamente en dos tonalidades, la Sólida y la Resonante. No eran lugares distintos, no había una frontera que se pudiera cruzar, la ciudad era una sola, las mismas calles, las mismas plazas, las mismas torres que arañaban un cielo único. Pero sus habitantes nacían sintonizados a una de las dos realidades, y esta afinidad, inmutable y absoluta, había trazado la única división que importaba. Los hombres vivían en la Tonalidad Sólida. Las mujeres, en la Resonante.

Para Kael, un geómetra de la piedra, el mundo era un compendio de certezas. El peso de un bloque de granito, la resistencia de un arco, el ángulo preciso en que una columna soportaría una viga sin ceder. Él y los demás hombres, los Escultores, se movían en un universo de texturas, de impactos, de la fricción de la soga contra la polea y el golpe seco del mazo contra el cincel. Vivían en el imperio de lo tangible. Cuando miraban a una mujer, no veían un cuerpo de carne y hueso. Veían una forma translúcida, un espejismo de calor con contornos humanos, una silueta que se movía con la gracia de una llama, sin peso aparente, sin sonido de pisadas. Podían verlas, admirar la cromática vibración de sus ropajes, pero si un hombre extendía la mano para tocar a una mujer, sus dedos atravesaban el aire, encontrando solo un frío sutil, una perturbación momentánea en la atmósfera. Eran presencias inalcanzables, hermosas, pero fundamentalmente irreales para su percepción.

Para Lyra, una modeladora de frecuencias, el mundo era una sinfonía ininterrumpida. La ciudad no estaba hecha de piedra, sino de sonidos y vibraciones. Cada columna tenía su nota fundamental, cada puente su armónico, cada plaza su acorde particular. Ella y las demás mujeres, las Afinadoras, no sabían caminar, sino que se deslizaban por las corrientes de la gran Canción de Aethelburg, su existencia era una inmersión constante en el tejido sonoro del universo. Para ellas, los hombres eran entidades de una densidad abrumadora. Los percibían como silencios en movimiento, vacíos en la melodía del mundo que absorbían el sonido a su alrededor.

Veían sus formas, la fuerza de sus músculos al levantar una piedra, pero sus movimientos eran golpes secos, sordos, sus voces, graves sonidos sin matices en el borde de la audición. Si una mujer intentaba tocar a un hombre, su mano encontraba una tenaz resistencia, una barrera de quietud sónica que no podía penetrar. Eran ausencias potentes, fuerzas mudas que daban forma a la estructura física de su melodía.

Se comunicaban, por supuesto. La necesidad es la madre de todos los puentes. Un Escultor podía describir con su voz grave y monocorde la forma de una grieta en un muro. La Afinadora, al otro lado de la barrera perceptual, no oía las palabras, pero sentía la distorsión que esa imperfección creaba en la vibración de la piedra, y podía tararear una secuencia de notas, una contramelodía que, traducida por instinto y costumbre, le indicaba al hombre dónde aplicar la argamasa o cómo tallar un contrafuerte para restaurar el equilibrio. Él aportaba la materia, ella la coherencia. Él construía el instrumento, ella lo mantenía afinado. Y Aethelburg crecía, magnífica y disociada, un milagro de colaboración entre dos especies de fantasmas que compartían la misma casa. Nadie recordaba cómo había empezado aquello, y cuando la memoria de los orígenes se pierde, la costumbre adquiere la fuerza de una ley natural e incuestionable.

Pero las leyes naturales a veces tienen excepciones, puntos ciegos donde su lógica se quiebra.

En el distrito de los canteros apareció un Nudo de Silencio. Así lo llamaron las Afinadoras. Era una zona donde la Canción de la Ciudad se apagaba, donde la piedra se volvía sorda, una herida en la sinfonía. Para los Escultores, el fenómeno tenía una manifestación mucho más concreta, la piedra extraída de esa cantera era quebradiza, se agrietaba sin previo aviso, los edificios construidos con ella desarrollaban fracturas inexplicables. El problema, por primera vez, afectaba a ambas tonalidades de forma simultánea y peligrosa.

Kael fue enviado a investigar. Era el mejor en su oficio, un hombre que podía diagnosticar la historia de una roca con solo pasar los dedos por su superficie. Pasó días en la cantera, golpeando las paredes con su martillo, midiendo ángulos de veta, buscando la impureza, el estrato débil que causaba la corrupción del material.

Pero todo parecía perfecto. La piedra era, a ojos de cualquier Escultor, de una calidad inmejorable. Sin embargo, al golpearla, se deshacía en polvo. Era una contradicción que su mente, anclada en la lógica de la materia, no podía procesar.

Lyra también fue atraída por el Nudo. Para ella, acercarse a esa cantera era como caminar hacia el vacío sonoro. La música del mundo se desvanecía, dejando un zumbido opresivo, la estática de la nada. Era un lugar doloroso, un insulto a la propia existencia. Se sentó en el borde del tajo de forma trepidante y coloreada recortada contra la piedra desnuda, e intentó escuchar, no con los oídos, como lo haría cualquiera, sino con todo su ser, buscando el origen de aquella disonancia fundamental.

Fue entonces cuando vio a Kael. Vio su silueta densa y silenciosa moverse por el fondo de la cantera, esa esencia recorriendo el corazón de otra esencia mayor. Lo vio levantar su martillo y golpear la pared de roca. En la Tonalidad Sólida, el golpe produjo un terco sonido y un puñado de polvo. En la Tonalidad Resonante, sin embargo, ocurrió algo inesperado. El impacto, aunque opaco, envió una onda de choque a través del silencio, una pulsación única y desesperada que Lyra sintió en lo más profundo de su ser. Fue breve, pero sucedió. Un grito ahogado en un universo mudo.

Kael, frustrado, apoyó la frente contra la roca fría. Cerró los ojos. El mundo de la certeza se había vuelto incomprensible. Fue en ese momento de quietud, en esa rendición momentánea, cuando percibió algo. No fue un sonido perceptible. Fue una vibración. Una cadencia finísima que parecía nacer del interior de la piedra, un temblor rítmico que ascendía por sus manos, sus brazos, hasta instalarse en su pecho. Abrió los ojos. La figura translúcida de la Afinadora estaba sentada en el borde superior, y la vibración parecía emanar de ella.

Lyra estaba cantando. Estaba proyectando una frecuencia pura y sostenida hacia la piedra muerta, intentando reanimarla, encontrar su nota perdida. Era un esfuerzo titánico que la estaba agotando, pero no se detenía.

Kael no entendía qué estaba pasando, pero por primera vez sentía la presencia de una Afinadora como algo más que una imagen. Era una fuerza, una energía que interactuaba con su mundo. Tuvo un impulso, una idea nacida de esa nueva e irracional sensa-

ción en sus huesos. Levantó su cincel y lo apoyó suavemente sobre la pared de roca. Luego, con su martillo, comenzó a golpear con golpes pequeños, rítmicos, siguiendo la cadencia de la vibración que sentía.

El efecto fue inmediato y milagroso. Lyra sintió los golpecitos de Kael como una sutil forma de percusión. La frecuencia que ella emitía y los impactos rítmicos de él comenzaron a entrelazarse. Su nota sostenida le daba un tono a los golpes mudos de él. Los golpes de él le daban un pulso, una estructura, a la nota etérea de ella. Sin hablar, sin tocarse, habían encontrado un lenguaje común en el corazón de la piedra. Él sentía la canción de ella a través del acero de su herramienta, y ella le guiaba. La vibración le decía a él dónde la roca era más receptiva, dónde era más sorda. Su mano, guiada por una música que no podía oír, se movía con una precisión nueva. No estaba rompiendo la piedra, estaba dialogando con ella. Lyra, a su vez, sentía cómo la estructura interna de la roca respondía a los golpes de Kael. Donde había caos, él introducía un patrón. Donde había silencio, ella tejía una armonía.

Durante horas trabajaron juntos. Kael, el hombre de la materia, aprendió a escuchar con las manos. Lyra, la mujer de la resonancia, aprendió a esculpir con la voz. Descubrieron que el Nudo de Silencio no era una impureza en la roca, sino una memoria de un conflicto, una tensión estructural tan profunda que había anulado la vibración natural de la piedra. La única forma de sanarla era añadiendo dos cosas a la vez: estructura y armonía, en perfecta sincronía.

Finalmente, con un último golpe afinado, algo cambió. Una onda cálida se expandió desde el punto donde trabajaban. Kael sintió que la piedra bajo sus manos cobraba vida, una solidez que nunca antes había conocido. Lyra oyó cómo la Canción de Aethelburg regresaba a la cantera, más rica, más compleja, con un nuevo contrapunto de ritmo y solidez. El Nudo se había disuelto.

Kael levantó la vista, con el polvo de la roca sanada aún en sus manos. Miró a Lyra, con su silueta brillante en el borde del tajo, y por primera vez el verbo ver le pareció insuficiente. No solo la vio, la percibió en su totalidad. Ya no era un espejismo translúcido, sino la arquitecta de la cohesión de su mundo, la energía resonante que

impedía que la materia se colapsara sobre sí misma en un silencio definitivo. Comprendió que la solidez de su piedra era inútil si no poseía una canción interna que la mantuviera unida. Lyra, desde lo alto, bajó la mirada hacia la forma densa de Kael en el corazón de la cantera. Y por primera vez, el verbo oír se quedó corto. No vio un vacío en la música, sino que escuchó el silencio de Kael como la nota fundamental, grave y eterna, sobre la que se construían todas las demás melodías. Era el ancla de gravedad sónica que daba sentido y dirección a su universo vibratorio, el pulso callado que marcaba el compás del ser. La fuerza de él no era ausencia de sonido, sino su misma fuente y cimiento.

Movidos por un impulso simultáneo, extendieron sus manos a través del abismo perceptual que los separaba. Sus dedos, como siempre, no se encontraron, la barrera entre la Tonalidad Sólida y la Resonante permanecía. Pero esta vez fue diferente. En el espacio que mediaba entre sus palmas, allí donde sus realidades se solapaban sin tocarse, ambos sintieron un eco imposible. Kael percibió un calor melódico, una vibración armónica que le erizó la piel. Lyra sintió una presión estable, una certeza gravitacional que por un instante ancló su ser etéreo. Fue una sensación fugaz, la sombra de un tacto, la promesa de un lenguaje aún por nacer. No necesitaron palabras, que de todos modos se habrían perdido en la traducción. Se limitaron a asentir, un gesto lento y solemne que sellaba un pacto forjado en la piedra y el sonido.

La noticia de su logro no se extendió con crónicas ni decretos. Se propagó a través de la propia materia. Los carros que transportaban la nueva piedra desde la cantera la distribuyeron por las obras de Aethelburg. Y el fenómeno comenzó a replicarse. Un Escultor, al intentar tallar un sillar de aquella Piedra Afinada, encontró que su cincel era repelido por una resistencia interna que no era dureza. Frustrado, abandonó la tarea. Poco después, una Afinadora que pasaba cerca se detuvo, atraída por la extraña vibración de la piedra, que ella describió como un grito contenido. Se acercó al bloque y comenzó a tararear, buscando la frecuencia que liberara esa tensión. El Escultor, que observaba con escepticismo, vio cómo la superficie de la roca parecía relajarse visiblemente bajo la influencia de la melodía. Por instinto, volvió a colocar su cincel y, al primer golpe, el acero se deslizó creando un surco perfecto y

limpio. La lección se diseminó así, de forma orgánica, obra a obra, un enigma material que solo podía resolverse con una colaboración impensada.

La propia Aethelburg comenzó a transformarse. Su arquitectura, antes un logro exclusivo de la fuerza y la geometría, se impregnó de una nueva cualidad. Los puentes no solo se construían para soportar un peso, sino para que el viento, al cruzarlos, generara un acorde específico y tranquilizador. Las torres no solo se alzaban hacia el cielo, sino que se diseñaban para canalizar la canción de la ciudad y amplificarla en sus puntos más altos. En las obras, los Escultores empezaron a preguntar a las Afinadoras: «¿Cuál es su pulso?», antes de asentar la clave de una bóveda. Y las Afinadoras consultaban a los Escultores: «¿Dónde reside su tensión?», para encontrar el punto exacto donde aplicar su canto sanador. Habían vivido creyendo que Aethelburg era una ciudad habitada por dos pueblos distintos. Ahora comenzaban a entender que eran un único pueblo, dotado de una percepción dual, dos sentidos para aprehender una única y más compleja realidad. El gran descubrimiento no fue cómo cruzar la frontera entre sus mundos, sino el darse cuenta de que esa frontera nunca había sido un muro, sino la costura invisible que los unía. Aethelburg dejó de ser la Bifurcada; estaba, al fin, aprendiendo a escucharse a sí misma en toda su majestuosa y completa estereofonía.



LORENA MARÍA PADILLA SÁNCHEZ

SED

Tercer accésit de publicació

LORENA MARÍA PADILLA SÁNCHEZ

(Málaga, 1986)

Licenciada en Periodismo por la Universitat de València y cuenta con una amplia experiencia en el sector de la comunicación al haber ejercido como periodista durante más de una década en diferentes medios informativos, entre los que se encuentran *Levante-EMV* o *BBC Mundo*, en Londres, así como en varias agencias de comunicación.

Si cierra los ojos, es capaz de escuchar el sonido de sus dedos de niña tecleando sobre la Hispano Olivetti de su abuelo paterno, en una casita tan pequeña que solamente había espacio para las palabras.

Siente debilidad por su hijo Daniel, con quien comparte la curiosidad por comprender cómo funciona el mundo y el entusiasmo por pasear al aire libre, sin techo.

Siempre ha estado ligada a la literatura a través de su pasión por la lectura y la redacción de relatos desde muy temprana edad. Algunos de sus textos han sido seleccionados en certámenes de microrrelatos. La igualdad es uno de los motores de su escritura, con la que está altamente comprometida, junto con la educación y la cultura.

Sed

Milagros. Milagritos. ¿Estás en la gloria?

Recuerdo tu mano derecha cerrada en el aire y cómo la dejabas caer con fuerza sobre la mesa. Qué potencia, qué precisión milimétrica para hacerlo en el momento exacto con el fin de que el meteorito de carne me dejara sin respiración cuando era niña. Claro, fuiste mejorando la técnica del puño sonoro con ahínco a diario, pues no pasaba ni un solo día sin que practicases esta habilidad tuya, perfeccionada hasta el extremo para, después, impactar en una mocosa como lo hace una mina cuando se pisa por error. Pum. Y punto en boca.

Cuánta sabiduría maléfica acumulaba tu cuerpo gordo que parecía menos torpe cuando alzabas la zapatilla por encima de tu cabeza y la lanzabas contra mí como si fueras una atleta profesional con su jabalina, que silba mientras corta el viento. Reconoce al menos que, con el tiempo, ganabas en el juego de la babucha haciendo trampas. Aprendí. Puestos a elegir, prefería ponerme a tiro porque si lograba esquivar el zapatillazo o se estrellaba contra un mueble, pasabas al siguiente nivel. Eso dolía todavía más. Seguro que lo tienes grabado en tu memoria, Milagros. ¿No es así? Sí, debería ser así. No quiero que lo olvides. Esto es lo que hacías, mamá: si no dabas en el blanco, que era yo, apartabas cualquier obstáculo físico que hubiese entre nosotras, apretabas los dientes y tus ojos se convertían en bolas de fuego. Envenenada, venías directa a por las dos trenzas que colgaban a cada lado de mi carita de ángel. Las agarrabas con fuerza, cada una en una mano, y tirabas hacia abajo aliándote con la gravedad hasta que yo caía de rodillas y los lacitos rosa que me sujetaban el pelo enroscado acababan en el suelo. Escupías sobre mis lazos, mami, cuando habías deshecho el peinado que tú misma habías ordenado horas antes. Tú perfeccionabas las estrategias para torturarme. Yo, mientras, me esmeraba en resistir.

Qué guapa me llevabas siempre. Escogías las mejores telas para que me cosieran a medida mis vestiditos con nido de abeja. Qué muñequita más linda para llevar a la panadería, a comprar fru-

ta o macetas de merengue. Un complemento digno de tu categoría social soñada, de la alta aristocracia a la que ansiabas pertenecer, aunque fueras simplemente una aburguesada con laca *Nelly* en el pelo.

Cuando me hacías meter la mano en el váter para limpiar los restos de tu mierda y la de mis hermanos mayores no era tu muñeca para escoger merluza o boquerones. Ahí, tirada en el suelo del baño, era tu sirvienta. Eso no se lo contabas a la pescadera, ni a las vecinas, pero bien que corrías la voz en el barrio de que estabas haciendo de mí una niña de bien, toda una señorita, que pronto sería la perfecta esposa de un hombre al que otras como yo le hacían la cama, preparaban pucheros subidas en un taburete y aguantaban las perrerías de sus madres perversas.

Pero te equivocaste. Me casé con un hombre bueno. El problema ahí fue otro. Es que una no se puede casar para ser libre. Es como sacar a un canario de una jaula de alambre para meterla en una de oro. Sigue sin tener espacio para volar. No puede elegir. Sus trinos alegran una casa, le dan un toque, pero quizá su canto es una llamada de auxilio y no una simple melodía. Solamente hay que oír al canario. Pero qué vas a escuchar, si solo hablabas tú, querida mamá. Meteorito. Y punto en boca.

Ay, mami. No puedo dejar que tu memoria escogida te ayude y deje que se escape el episodio de las tijeras. Fue la primera vez que me rebelé. Aprendí. Ya te lo he dicho antes. Mi indomabilidad debía ser menos explícita para que no te dieras cuenta a la primera de cambio y montases en cólera. Porque tu reprimenda dolía más. Lo de las tijeras, sí, que no se me pase esto. Los cachetazos en el culo después de lo que hice todavía me duelen, pero qué gusto ver tu cara enfurecida y desconcertada. Delante de ti, con mi precioso canesú aguamarina, cubriendo mi pechito de niña. Mis trenzas inocentes, dos lianas sobre mis clavículas. Me habías estado chillando durante mucho rato, mamá, porque la olla del estofado no estaba bien lavada. Pesaba como el plomo aquella cacerola gigante de donde comíamos todos. Con mis manitas iba dándole la vuelta para quitarle el jabón, pero no podía malgastar agua. Era muy cara. No te gustó el resultado de mi frote bajo el grifo. Mis hermanos tenían la barriga llena y las manos secas. Mientras volcabas maldades

sobre mí estaba trazando mi plan. Bla-bla-bla. Gritabas. Bla-bla-bla. No te escuchaba. Las tijeras estaban en la caja de galletas que hacía de costurero. Tienes que saber que guardar los hilos en una lata redonda con relieves de dulces baratos y no en una canastilla mullida con flores bordadas no es propio de la aristocracia. Pero ese detalle tampoco lo contabas. Cuando te agotaste te diste media vuelta y te sentaste en tu sillón orejero. Esperé a que te acomodaras en tu aposento de reina de la casa, de soberana de pacotilla. Fue entonces cuando levanté el mantel de la mesita. Abrí la caja-costurero, busqué las tijeras que serían mi espada porque dotaron mi acto de justicia y lo armaron de nobleza y de dignidad. La reina fui yo mientras me cortaba las trenzas ante tu espanto y te quedabas muda e impertérrita en tu trono de pega, como tu falso costurero. Raca-raca. En el suelo, dos serpientes de cabello a las que había dado muerte porque estaba harta de que me mordieran bajo tus órdenes, guiadas por tus manos, hipnotizadas por el mal. Dejaste de llevarme a las tiendas y de pasearme como a un cachorrito peludo al que cualquiera le dice lo mono que es. Hasta que no se me igualó el pelo preferiste contar que estaba enferma, encamada e impedida para el garbeo. No se juega con la salud, mamá. Mira dónde estás ahora. Y mira también dónde estoy yo. A tu lado, ayudándote a recordar, no vayas solo a quedarte con lo que más te guste.

Yo no he conseguido olvidarme de nada. Lo he ido enterrando, es verdad, para sobrevivir, pero el dolor es caprichoso y brota cuando menos te lo esperas. Siempre me hiciste la guerra, pero te mentiría si te dijera que no estamos en paz. No vengo a reprocharte nada. Quiero explicarte que tu método no funcionó.

¿Quieres un poquito de agua? Dímelo tranquilamente, vamos. El agua no se le niega a nadie. A nadie. Eso lo sabe todo el mundo. Bueno, casi todo el mundo. Aquel día estival que me dejaste sin beber hasta las ocho de la tarde fue duro, lo reconozco. Es verdad que nada de lo que hiciera estaba a la altura de tus expectativas, pero es que yo no quería aprender a planchar las faldas de tablas sin destrozar las tablas. A mí me interesaban otros saberes que no estaban dentro de casa, donde lo único que se podía leer eran tus revistas con las señoras que vestían pieles de visón.

El día que descubrí aquel edificio me cambió la vida. Mami,

siento que te enterases de un modo tan abrupto, de veras que lo lamento, no tengo dudas de que sería muy duro para ti. Pero, caramba, cómo iba yo a saber que me estabas siguiendo. Que me espías cuando me dabas una perra gorda para ir a la tienda de comestibles. Primero hacía el recado, de verdad. Bueno, si lo sabes, conocías cada uno de mis pasos. ¿Por qué no te ibas escondiendo tras los árboles cuando mis hermanos se largaban con la bicicleta o con la pelota? Ay, mamá. Casi te da un patatús cuando descubriste que a veces tardaba más de la cuenta porque entraba a la biblioteca municipal. Ojalá te lo hubiera podido explicar. Ojalá me hubieses escuchado. Pero nunca me preguntabas por mis inquietudes. No tienes la culpa, mami. Sé que pensabas que era antinatural que tuviera intereses diferentes a los que tú deseabas que asumiera. Pero a mí las faldas de tablas me daban igual. Me siguen importando un comino.

Tu método fue todo un bumerán, hizo el efecto contrario. Aquí debo admitir que también puse de mi parte, sin querer. Incluso sin tu estrategia malévola para adoctrinarme desde que nací y para meterme en vereda, tampoco habría sido la niña que tú deseabas. Era imposible porque, para empezar, tú no querías niña ninguna. Tras tres varones llegué yo. Sé bien que no te hizo gracia porque me lo has repetido muchas veces a lo largo de mi vida. Tuviste mala suerte, por lo que se ve. Hay cosas que no se eligen y a ti te tocó gestar y parir a una niña que además soñaba con jugar. Qué cosas. Yo quería tumbarme en la hierba e imaginar qué forma tenían las nubes.

Sé que te inundó la ilusión de dar envidia cuando todos los vecinos me vieron vestida de Virgen María en un paso casero que descansaba en los hombros de los muchachos del barrio. Iba dando tumbos por las calles. No sé cómo conseguiste que me eligieran a mí para aquella representación religiosa de carne y hueso. Con mi carne cubierta de un vestido de tul. Con el frío metido hasta los huesos mientras otros vecinos tocaban la corneta y tú gozabas por verme bajo palio como una dolorosa, pero sin lágrimas. La procesión va por dentro. A mí me dio mucha vergüenza aquello. A ti te dio igual que te suplicara que no me subieran a aquel solio casero del que temía caerme al suelo. Mostrándome de calle en calle como una mujer que sufre. ¿Ves? Ahí acertaste. No lo disfruté nada. Con-

vertida en estandarte de la impostura terrenal. Yo quería mirar para arriba para ver si una nube se parecía a un elefante con la trompa levantada. Se me habría caído el velo bordado a mano.

¿Cómo te encuentras, Milagros mía? ¿Sigo contándote? ¿Quieres que te acerque un vaso? El agua no se le niega a nadie. A nadie.

Ya eras abuela cuando yo di a luz. Pero soy la única de tus cuatro hijos que sabe lo que es parir. Qué jovencita era, ¿verdad? Qué poco sabía, ¿verdad? No me dijiste que sería doloroso, aunque tampoco lo edulcoraste. Sencillamente porque no me contaste nada. Punto en boca. Qué miedo no saber. Un abismo al que te asomas y tienes la certeza de que una contracción más te va a dar el envite. Qué solita estaba, mami. Te prometo que empujé con todas mis fuerzas, según me dijeron quienes estaban allí uniformados. Me manejaban como a un muñeco de trapo, me daban órdenes que yo intentaba cumplir desde la inocencia, desde el pavor ante lo desconocido. Qué grande era mi niña y qué menudita soy yo. Duele, ¿eh? ¿Y por qué se la llevan? ¿Por qué la traen con un biberón de agua en la boca? Mis pechos rebosan leche. ¿Qué tienen de malo? ¿Me ayuda alguien a alimentarla? ¿Cómo le digo a mi bebé que es lo que más quiero y eso que nos acabamos de conocer? ¿Cómo transmitirle desde el primer momento que tu método no ha funcionado, que no es el mío? ¿Dónde estás, mamita? Ven, aunque solamente sea para que compruebes que lo he logrado, que he traído a mi hija al mundo. ¿Por qué esa cara, mamá? ¿Tan mal lo he hecho? ¿Te estás acordando del perol mal fregado? Es una niña, sí. Y es una niña preciosa.

Voy a confesarte algo. Cuando tu piel ya estaba arrugada por el inevitable paso del tiempo, empezaste con comportamientos extraños incluso para las que son de la misma calaña que tú, tuvimos que ingresarte en el hospital. No estaba bien que contaras tus deseos de asesinar a las cuidadoras que pagábamos entre todos tus hijos. Cuando el doctor nos reunió y nos explicó que tenías un tumor cerebral me invadió la felicidad y una sensación de alivio jamás experimentada. No eras mala, pensé. Simplemente habías estado toda la vida enferma y ahora, en la vejez, la dolencia se había manifestado con mayor virulencia. Pero la alegría fue una

estrella fugaz. El médico dejó claro como el agua que no me diste aquel día de verano que nada tenía que ver el tumor con tu personalidad. Con detalle nos indicó el lugar en el que estaba ubicada la masa intrusa y cómo afectaba a tu cuerpo, que no a tu mala baba. Eso era todo de tu cosecha. Insistí. Insistió. Nada que ver una cosa con la otra.

No creas que no me ha sacudido que invalidaras mis esfuerzos titánicos para aprobar una carrera universitaria mientras criaba a mi hija y aportaba dinero a mi hogar. Me dolían tus esputos de incompreensión. Tus dosis casi letales de verborrea tóxica contra mis aspiraciones, mis sueños, mi propia vida. Me hiciste inmortal a tus flechas envenenadas. Tu método, ¿recuerdas? El bumerán. Mi idiosincrasia. Yo.

Soy completamente dependiente de mí misma. De mí misma y de nadie más. He comprado mi propia casa con el dinero que he ganado con mi esfuerzo. Soy licenciada. Leo todos los días en una mecedora donde acuno a mi nieta. He educado a mi hija con amor para que vuele sola como las águilas y no como las gallinas de corral donde querrías verme encerrada. El respeto es mi bandera; el conocimiento, mi llave a todas las jaulas. Mi hija es un canario que trina en libertad.

No sé si me estás oyendo. Nunca lo has hecho, pero ahora no puedes irte mientras me gritas. Ya no puedes chillarme. No tienes fuerza para tirar de mi pelo lacio. Espero de corazón que estés en la gloria, o en algo parecido. Si quieres agua, pídemela sin miedo. Te la verteré delicadamente en un vaso con motivos florales alegres, este que te he comprado expresamente para ti. Pondré una pajita dentro para ayudarte a beber. El agua no se le niega a nadie. A nadie.



SILVIA LOZANO CALATAYUD

LA LÁMPARA
QUE NO SE APAGA

Cuarto accésit de publicación

SILVIA LOZANO CALATAYUD
(Valdepeñas, 1968)

Escribe desde un territorio donde la palabra no es adorno, sino umbral. Su obra nace del cruce entre la experiencia vital, la escucha profunda y una investigación constante de los lenguajes simbólicos que atraviesan al ser humano desde tiempos antiguos.

Periodista de formación, psicoterapeuta y creadora espiritual por vocación, Silvia ha dedicado su vida a acompañar procesos de transformación individual y colectiva, integrando diferentes disciplinas, no como sistemas cerrados, sino como mapas vivos al servicio de la conciencia.

Es autora de Los Arcanos Sagrados, un proyecto que une Tarot y Geometría Sagrada como vía de autoconocimiento y lectura simbólica del alma, y de diversas obras narrativas reunidas bajo el hilo común de los umbrales: esos espacios invisibles donde algo muere, algo nace y nada vuelve a ser exactamente igual.

En sus relatos, lo místico no se separa de lo cotidiano, y lo espiritual no huye de la materia. Sus personajes —casi siempre mujeres— no buscan iluminación, sino verdad. No persiguen perfección, sino coherencia. Y atraviesan la sombra no para vencerla, sino para integrarla.

La lámpara que no se apaga

Sierra del Alba, invierno de 1948

En mi pueblo, cuando nieva, el suelo aprende enseguida a olvidar a las mujeres. Quedan hondas las huellas de las botas y los cascos, pero las pisadas pequeñas, las que van al horno, al pozo, a la cama donde se consuela a un enfermo, desaparecen sin ceremonia. A esa amnesia la llamaban costumbre.

A la mujer que yo conocí, la que la nieve borraba cada mañana, la llamaban de mil formas que no eran un nombre: hija de, esposa de, madre de. Yo la nombro ahora como la llamábamos entre nosotras, a media voz y con un respeto casi de altar: la de la lámpara. Porque en su cabaña de barro —techo torcido, paredes con grietas como arrugas dignas— ardía una luz que nunca se apagaba. No era milagro, o quizá sí; a estas alturas he dejado de separar con bisturí lo sagrado de lo cotidiano.

La conocí de niña. Me preguntó si sabía leer. Yo no, no bien. Sonríó sin juicio, como sonríen las que han guardado extraños fuegos, y me enseñó el primer secreto: que la curiosidad no era pecado, que la esperanza no era resignarse con buena cara, y que la voz no tenía por qué repetir el tono de nadie.

Entonces se hablaba poco de nosotras y menos de nuestros derechos. En la escuela, la lista de niñas admitidas se contaba con los dedos de una mano herida. Recuerdo el día en que llevé a la plaza una cartulina. Había dibujado un círculo central y, alrededor, siete pétalos. Lo llamé *La Rosa de las Oportunidades*. En cada pétalo, una palabra: *Aprender, Elegir, Descansar, Jugar, Heredar, Ganar, Nombrar*. El centro, dijo, no se escribe; se respira. No supe entonces la osadía que era nombrar de esa forma tan simple lo que nos faltaba. Sólo sentí que una puerta se abría sin necesidad de llave.

Aquella puerta no le gustó a todo el mundo. Hubo sermones hablando de Eva y de los peligros de nombrar sin permiso. Hubo hombres buenos, que aprendieron a ser hijos de un sistema, que prometieron ayuda cuando hubiera tiempo. Y hubo, sobre todo, papeles. Los papeles son como la nieve: se posan blancos, livianos, y cuando te das cuenta te han cubierto la respiración.

La llamaron al Ayuntamiento. Yo fui con ella. Le preguntaron si era maestra titulada. Dijo que había aprendido a leer el hambre en los manteles y la dignidad en los ojos de las viejas. Le dijeron que el problema no era lo que hacía, sino lo que desordenaba. Ella respondió:

—No vengo a derribar puertas. Vengo a abrir una donde no hay pared.

Al poco, “autorizaron” su lámpara con la condición de que no entraran niñas. La condición era un chiste cruel: querían la luz sin sus consecuencias. Creyeron que ella se apagaría. Pero ella era de las que escuchan lo que los símbolos murmuran. Soñó con una Torre, no la de la iglesia, sino la del Tarot: una piedra abierta por un rayo, una escalera en espiral hacia el vientre de la tierra y una mujer con tres llaves en el cinturón guiándola. Despertó con una certeza: si no dejan cruzar, desviemos la marcha; si no aceptan el aula, hagamos de la plaza un *organum*, una gramática viva, una espiral donde aprender se parezca a respirar. Lo llamó *El Organum de la Espiral*, no por pose, sino porque sabía que sin palabras nuevas no hay mundo nuevo.

Empezamos a reunirnos en la plaza. Un día se intercambiaban oficios; otro, historias; otro, permisos. Había un rito: encendíamos una cuerda de barco y, mientras se consumía, lo que se daba era de todas. “Este es el tiempo que no nos roban”, decía. La Rosa presidía sin imponerse. De pronto, sin hacer ruido de tambor, sucedieron gestos que hoy parecen pequeñas leyes: una mujer puso su apellido primero en la matrícula de su hija; otra reclamó una escritura olvidada en el cajón de unos tíos; una tercera dejó el turno de noche de la fábrica y abrió un taller de pan con recetas de abuelas con nombre propio. Algunas almohadillas legales con el sello del mundo de los hombres empezaron a tener la tinta corrida. A veces digo, medio en broma, que la Justicia se nos apareció sin venda, con el pelo suelto y olor a pan caliente.

Claro que no todo fue limpio. Hubo enfermedades que nos recordaron el límite. La niña de las cabritas, a la que yo quería como a una hermana menor, enfermó de una cosa que los doctores llamaron rara porque no supieron nombrarla. La de la lámpara no sabía de anatomías, pero sabía de ritmos, y acompañó a la madre con una manta de lana, respiraciones de cuarenta y nueve y un permiso

colectivo para llorar sin pedir perdón. La niña mejoró. No fue milagro; fue una obra civil: sostener con manos el trabajo del alma. "Llorar es un derecho laboral del corazón", dijo con ese humor suyo de hierro dulce. Aprendí entonces que la igualdad de oportunidades también pasa por el descanso y el duelo. El descanso, en nuestro mundo, siempre parecía un lujo. Ella lo colocó en la Rosa, a la altura del pan.

Cuando murió la de los dedos manchados de nogal, una de nuestras viejas sabias, nos detuvimos frente a una piedra sin nombre, a la salida del cementerio: "Aquí yace una mujer". Sólo eso. Ella apretó la mandíbula. Por la noche anotó en su cuaderno de contabilidad moral: dos niñas con beca, una escritura a nombre de mujer, seis permisos conseguidos, una biblioteca de préstamo en la peluquería, una enferma mejor, un entierro con nombre por reclamar. Al margen dibujó una mariposa con el ala rota y escribió: *La metamorfosis no es eterna si no cambian las reglas*. A veces, cuando recuerdo su letra, siento que esa frase bastaría para explicar toda una política.

La carta llegó poco después. Venía de una mujer que había emigrado del pueblo a la ciudad, una de las nuestras, y ahora hablaba el idioma de los pliegos oficiales y de las partidas presupuestarias. Decía así: "Necesitamos tu método. La Rosa, la lámpara, el Organum. Ven. Trae a las demás. Abramos juntas un lugar que no se herede ni se prohíba."

No quiso ser santa ni mártir; tampoco jefa de nadie. Convocó a las mujeres en la plaza. Explicó que algunas se quedarían sosteniendo el fuego y otras irían a encender puertas en otro sitio. Juramos lo que ya habíamos jurado sin palabras: que ninguna quedaría atrás por falta de nombre, de papel, de permiso, de llave, de pan.

El tren nos llevó a un barrio atravesado por vías. Las paredes estaban tatuadas de grafitis como jeroglíficos para diosas cansadas. Allí abrimos *La Casa de las Llaves*. Era muchas cosas a la vez, porque la vida de las mujeres es muchas cosas a la vez: aula, asesoría, cocina, guardería, altar doméstico con fotos de abuelas rescatadas de cajas de galletas. En el techo pintamos una gran Vesica piscis enlazada con una balanza. No era decoración: era pedagogía simbólica. La geometría y la justicia por fin de la mano.

No faltaron acusaciones. Nos llamaron secta, enemigas de la familia, peligrosas. Llegaron inspecciones. Hubo hombres que se quedaron —sin trompeta— aprendiendo a cuidar mientras sostenían un bebé de otro. Hubo niños que empezaron a decir con naturalidad: “Mi madre heredó”. Hubo niñas que leían en voz alta leyes que hasta ayer nos hablaban como desde otro planeta.

Recuerdo el día que nos donaron cajas de libros de una biblioteca. Una niña con trenzas rojas encontró *La República*. Me preguntó si allí estaba la caverna. Le dije que sí, pero que yo buscaba siempre a la que limpia la caverna, a la que hace el fuego, a la que cura a los que regresan deslumbrados. Rio con esa risa suya luminosa, como si hubiera entendido una broma antigua. Supongo que sí la entendió.

Ella empezó a cansarse. Pero era un cansancio de bosque, no de derrota. Se dormía a ratos en un catre junto al altar, bajo la foto gastada de una abuela desconocida, con la lámpara encendida velando por las dos. Soñó una noche con la mariposa de su cuaderno, ahora con las alas enteras; despertó sonriendo, y su sonrisa me pareció entonces el verdadero manifiesto que nunca escribimos. Nos dejó el gusto a pan de centeno en la boca y la costumbre de preguntarnos, antes de cada decisión, a qué puerta encendía.

El día que murió, la nieve ensayó una tregua. No fue una tragedia ruidosa. Fue una rendición dulce de quien sabe que ya está todo hecho. La velamos en *La Casa de las Llaves*. La lámpara siguió encendida sin que nadie la tocara. No le pusimos su nombre en la piedra porque no quería ser una; quería ser muchas. Escribimos: “Aquí reposa la que encendió puertas”. Debajo, grabamos *La Rosa de las Oportunidades*. En el centro, el vacío que se respira.

No terminó ahí. Nada termina donde acaba un cuerpo. Decidimos pintar en la plaza una flor de la vida con pintura que la lluvia no borrara de golpe. Durante un mes, niñas y niños dejaron sus huellas encima, y las madres y los padres, y las abuelas, círculos concéntricos como anillos de árbol. Alguien propuso barnizarlo para siempre. Nos miramos y dijimos que no, que se desgaste como nosotras, y cada invierno lo pintamos de nuevo. Que la igualdad de oportunidades no se convierta en fósil; que siga siendo verbo. Ese gesto, que a algunos les pareció pequeño, cambió el modo en que respiraba el barrio. Las cosas que se repiten con cuidado acaban siendo leyes.

A veces me piden que cuente la historia sin metáforas. Que hable de cifras, de contratos, de sentencias, de cifras otra vez. Puedo hacerlo: hubo becas, escrituras, permisos, leyes revisadas, horarios humanos, descansos pactados, sueldos más limpios, una red de cuidados donde los hombres cabían sin medallas.

Puedo, también, contar lo otro: un altar doméstico en un edificio con olor a metal mojado, un cuenco de sopa compartida donde antes había vergüenza, una niña que aprendió a leer en el Boletín y, con la misma naturalidad, a llorar sin que la tacharan de débil, una abuela que vio su foto colgada como una constelación familiar por fin nombrada y dijo, con ese humor ancestral de quien ya no se disculpa por estar viva:

—Llegué tarde, pero llegué.

Lo que no puedo —y perdón si me sale la voz un poco rota— es explicar la luz que queda en las manos cuando intentas apagar una lámpara que nunca se apaga. Supongo que es lo más parecido a una fe que tengo: la certeza de que algunos objetos respiran si nosotras los sostenemos con memoria. La lámpara, la rosa, la piedra, la cuerda encendida. Un día me preguntaron si el feminismo era esto: encender cosas de las que otros se burlan, convertir el cuidado en política, pintar cada invierno nuestras huellas. Dije que sí, que también, porque la igualdad de oportunidades necesita el papel y la nieve, sí —pero también el fuego. El fuego para calentar el pan, para alumbrar el duelo, para vernos las caras y nombrarnos. El fuego, aunque nos digan que es cosa de brujas.

Me he quedado a vivir a medias entre el pueblo y *La Casa de las Llaves*. En el pueblo, la plaza parece haber aprendido a recordar. No sé si es verdad que ya no borra primero a las mujeres cuando nieva. Tal vez alguien mezcló a la cal una pizca de ceniza de aquella lámpara. Tal vez somos nosotras, que no nos cansamos de pintar, de repetir, de sostener.

En *La Casa* cada otoño hacemos un rito sencillo: colgamos en el techo, junto a la Vesica y la balanza, una espiral dorada de hilo. Al terminar el año, la desenrollamos y contamos no números, sino puertas encendidas: un hombre que pidió reducción de jornada para cuidar sin que le temblara la voz, una abuela que reclamó una herencia, un descanso arrancado a la cultura del mérito, un

juego devuelto al aula como derecho, una mujer que dijo “no” sin que el mundo se derrumbara, una niña que dijo “sí” y el mundo se ensanchó.

No he querido quedarme con su lámpara. Nadie la quiso del todo. Es de todas. Se ha convertido en un artefacto colectivo que encendemos y apagamos con un respeto que no es miedo, sino memoria. A veces, al anochecer, cuando ya no quedan visitas y el barrio respira el silencio con olor a sopa, me siento a su lado. Le cuento en voz baja mis dudas y mis pequeñas corazonadas. Le digo que a veces me agota la pedagogía, que otras veces me embriaga la belleza de ver a una joven hablar en público sin pedir perdón, que a menudo me puede el deseo de que todo esto no dependa de nosotras siempre, que se vuelva paisaje y no gesta. No sé si me explico. No espero respuestas. Pero la lámpara hace algo —un leve cambio en el resplandor, un latido en el vidrio— que me basta.

Hoy he vuelto tarde. He cruzado la plaza del barrio con las huellas del último invierno ya casi borradas. Me he descubierto sonriendo: mañana volveremos a pintarlas. Me sigue pareciendo una ceremonia humilde y grandiosa. Hay quienes dirán que es infantil. Yo digo que es ingeniería civil del alma. Antes de entrar, he visto a un grupo de niñas. Llevaban en las manos fizas de colores como si fueran antorchas.

He subido las escaleras despacio, saboreando una fatiga que no duele, como después de bailar. La lámpara me esperaba encendida. He sentido a la de la lámpara a mi lado, sin fantasmagorías. Sólo una presencia suave que reconoce el sitio donde su tarea se multiplicó hasta no necesitarla. He pensado en su lápida —Aquí reposa la que encendió puertas— y he pensado que reposa de otra forma, no en la inmovilidad, sino en la confianza.

Apago la luz del techo. Dejo la lámpara sola. La casa no queda a oscuras: queda con ese resplandor de respiración lenta que tienen las habitaciones donde alguien ha amado lo que hacía. Me asomo a la ventana. La flor de la vida del suelo reluce apenas, como si emitiera el recuerdo de todos nuestros pasos. Pienso en las siete palabras de la Rosa y, sin quererlo, las recito: *Aprender, Elegir, Descansar, Jugar, Heredar, Ganar, Nombrar*. En el centro, no digo nada. Respiro.

Mañana volveremos a lo nuestro. Habrá papeles y agendas, habrá manos que necesiten guía y manos que quieran soltar, habrá sillas que mover, cucharas que lavar, leyes que traducir, habrá sombras que no desaparecen con discursos, habrá hombres que quieran entrar y habrá que enseñarles la puerta sin ironía. Habrá, sobre todo, esa insistencia que ya es un músculo: no dejar a nadie atrás por falta de nombre, de papel, de permiso, de llave, de pan. Alguien me dirá que soy una idealista. Sonreiré. La idealista, en nuestra lengua, es la que lleva una lámpara en el bolsillo y la enciende cuando los demás han decidido que es de noche para siempre.

Cierro el cuaderno. Bajo la escalera me llega el rumor de las niñas con sus tizas. Se ríen. Una canta algo que apenas distingo. Miro mi mano: brilla de un modo que no sabría explicar. Es la luz que queda en la piel cuando tocas un objeto que recuerda. No deja marca visible, pero lo impregna todo. Me acuesto sin apagar la lámpara. Antes de dormirme, escucho lo que el silencio hace cuando tiene hogar. Parece una oración antigua en lengua materna.

Y por puro juego susurro hacia el vidrio, apenas un soplo:

—Gracias por no apagarte.

No contesta. No hace falta. La casa respira. La lámpara, también. Afuera, el suelo espera la primera nieve. Adentro, la puerta queda encendida. Y hay, en el centro de todo, un pequeño vacío que no se escribe, que se respira; un corazón que no suena a tambor, suena a pan al partirse; una promesa que no necesita sello, porque ya vive en los cuerpos.

Si mañana nieva y el mundo intenta olvidar, saldremos con las tizas. Pintaremos de nuevo nuestras huellas. Y cada paso, barnizado por todas, volverá a decir, sin gritar, lo que aprendimos juntas: que nadie nos borre, que nadie nos herede al silencio, que ninguna se quede fuera por no tener un papel, una llave, un nombre; y que, mientras haya una lámpara encendida en la noche, la igualdad no será consigna: será camino.

XX CERTAMEN DE RELATOS BREVES “MUJERES”

JURADO

PRESIDENTA

GLADIS DE LEÓN LEÓN

SECRETARIA

ANA BELÉN CRESPO RIVERA

VOCALÍAS

CARMEN DE LA ROSA MORO

ANA BELÉN NAVARRO MORALES

GABRIEL DÍAZ MORA

RAMIRO ROSÓN MESA

CARMEN DE LA ROSA MORO

Escritora y médica rehabilitadora.

Ha publicado los libros *Todo vuela*, *Acordeón*, *Siempre tuvimos miedos*, junto con Ana Vidal y collages de Toni Lemus, y *Nosotras somos humanas* (premio Isaac de Vega 2020 de la Fundación Caja Canarias).

Sus minificciones están publicadas en varias antologías: *Somos Solidarios*, *99 crímenes cotidianos*, *Ellas*, *Eros y Afrodita en la minificción*, *Perdone que no me calle*, *Un universo que se expande*, *Los nuevos mundos de la minificción*, *100 palabras para mamá*, *Antología de Minificción Española en Redes*, *Universo de libros III*, *MicroDecamerón*, *Pequeficciones I y II*, *San Borondón*. *Un viaje literario*, *Antología Virtual Pilar en corto*, *Microcosmos*, *Seis años de la Mini*, *31 cuentos para octubre*, *Minimundos*, *Microfantabulosas*, *Raíces. Ficciones de la memoria*.

También ha publicado minificciones en revistas como: *Plesiosaurio*, *Fahrenheit XXI*, *Minificción*, *Mirmidonia*, *Revista Internacional Mi Red*, *Trasdemar*, *La Otra*, *1749*. Y En blogs como: *Antología Mundial de Minificción*, *Químicamente Impuro*, *La cazadora de relatos*, *Máquina de coser palabras*, *Brevilla*, *Piedra y Nido*, *La Microaudioteca*, y *Lectures d'ailleurs*.

Ganó el I y X Certamen de relatos breves "Mujeres" del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife y el I concurso de microrrelatos CFE. Premio *Filmin* de vídeo relato en el II Concurso de Historias de Familia del Club de Escritura Creativa Fuentetaja. Segundo premio en el III Certamen de microrrelatos Misterioso Móstoles 2022. Segundo premio en el concurso #relatoexpres 2024 de Cultura Inquieta.

Ha sido finalista en varios concursos de relatos cortos y microrrelatos nacionales e internacionales. Finalista del I concurso de literatura personal *Contradiction*, del III concurso de relatos breves *Faes Farma*, del II concurso *Eñe de Literatura Móvil* y del III Concurso Internacional de Microrrelatos *Museo de la Palabra*. Accésit del concurso de relatos cortos *Caja Canarias* (2002), mención de honor en el I concurso de microrrelatos "Escritores en su tinta", microrrelato destacado en el I Concurso Internacional de Relatos "Químicamente Impuro", segunda mención en el concurso del calendario

de noviembre de Internacional Microcuentista. Finalista de la VII y la VIII edición del Microconcurso de la microbiblioteca Barberá del Vallés. Finalista del concurso de microrrelatos "100 palabras para mamá". Finalista semanal del XII concurso de microrrelatos Relatos en Cadena, de la cadena Ser (marzo 2019). Finalista del concurso de microrrelatos "Universo de Libros", de Diversidad Literaria (2020), Finalista del concurso de relatos "El sillón de terciopelo verde" (2021),

Seleccionada para la *Audioteca de Literatura Canaria Actual* en 2021 y para el proyecto *Semilla literaria* de AMULL. Sus minificciones han sido traducidas al francés y al húngaro.

Es redactora e impulsora del *Manifiesto de Escritoras de Canarias*. Ha participado en Simposios, mesas redondas y otras actividades: Participó en el I, II, III y IV Simposio Canario de Minificción (ULL, noviembre de 2015, noviembre de 2017, noviembre de 2019) en el I Encuentro Internacional de Escritores en Red (Universidad CEU San Pablo de Madrid, octubre de 2018) en el marco del I Congreso Internacional "Microtextualidades y cibercultura", ponente en el XX Curso de primavera del IUEM (ULL): "Mujeres y creación cultural: reescribiendo el canon con perspectiva de género" (2018), Coordinadora de las mesas redondas sobre "Invisibilidad de escritoras en el espacio público e institucional" e "Invisibilidad de las escritoras en la crítica, la edición y la docencia" celebradas en la Feria de Igualdad FITVI` 2017 (Santa Cruz de Tenerife, diciembre 2017), Participó en la mesa redonda "Mujeres en el Fanzine" en la Librería de Mujeres de Canarias (diciembre 2017), Participó en la mesa redonda "Violencia de género y ciberacoso" con las escritoras María Frisa y Alba Sabina Pérez en el Festival Atlántico de Género Negro "Tenerife Noir" 2018; en la Noche de microrrelatos del Ateneo de la Laguna (2018), Impartió el "Taller de estereotipos de género en la minificción" junto con Ana Vidal Pérez de la Ossa en el III Simposio Canario de Minificción (Noviembre de 2019), participó en el ciclo "Mujeres y minificción" coordinado por Yurena González Herrera en la Librería de Mujeres de Canarias (2020), participó en la III Mesa de Igualdad (2024) en el CEIP Santa Teresa de Jesús; impartió el taller de minificción "Viaje a San Borondón" para niños y niñas de Primaria en el CEIP Santa Teresa de Jesús (2024).

ANA BELÉN NAVARRO MORALES

En 2023 publica su libro *Relatos Fulgurantes* con la editorial Nazarí.

En 2025 publica el libro cartonero *El arte del desorden* con la editorial cartonera Alebrije.

Ha participado en varios libros como *Perdone que no me calle* (2017), *Nubes de relatos 1* (2018) y *Nubes de relatos 3* (2020), la antología *San Borondón, un viaje literario* (2020), *Microfantabulosas* (2021), *¿Qué se ama cuando se ama?* (2023), *CASA* (2024) y *Monstruas* (2025).

En cuanto a premios, en 2018 gana el VII Concurso de relato breve del municipio de El Sauzal y en 2019 el concurso de la revista *Palabrerías* "El cuento en cuarentena". En 2021 el I certamen literario de la tertulia *Cuentos de la Pandemia* y en 2023 logra el 2º premio del XXIII Certamen de relato hiperbreve *Villa La Orotava*. Es ganadora del premio a mejor autora local en el XIX Certamen de relatos breves mujeres del Ayuntamiento de Sta. Cruz de Tenerife (edición 2024).

Pueden leerse algunos de sus microrrelatos en las revistas *Brevilla*, *Diversidad Literaria*, *La Sirena Varada*, *Marie Claire*, *Microtextualidades*, *Papenfuss* y *Plesiosaurio*. También escucharse en la Audioteca de literatura canaria actual del Instituto Canario de Desarrollo Cultural.

GABRIEL DÍAZ MORA

Merodea habitualmente por Canarias, donde reside.

Escribe y publica desde 1996. Ha editado las colecciones de relatos *El cuaderno asintomático*, *Al norte de abril* (relatos de viaje), y *Manieristas* («Treinta y cinco años de sonido»). Además, ha publicado las novelas *Escaleno* y *Ocho*.

Asimismo es autor del volumen de microficciones *Tranquilo en las montañas de Rusia* y de las ediciones limitadas artesanales *Se busca donante de dinamita*, *Trueque* y *El año pasado en Marina Abad*, publicadas en la colección.

RAMIRO ROSÓN MESA

(Santa Cruz de Tenerife, 1989) es un escritor y traductor español en lengua castellana. Es licenciado en Derecho y máster en Uso y Gestión del Patrimonio Cultural por la Universidad de La Laguna, así como doctor en Derecho por la Universidad Carlos III de Madrid, con una tesis doctoral sobre el tráfico ilícito de bienes culturales en España y Ecuador, que recibió la calificación de sobresaliente *cum laude*. Escribe poesía lírica, teatro, narrativa y crítica literaria y ha traducido literatura italiana (Vittorio Alfieri, Danilo Breschi, Ugo Foscolo y Giuseppe Parini) e inglesa (George Herbert y John Wilmot). En 2014 fue galardonado con el XXVIII premio de poesía Emeterio Gutiérrez Albelo por su poemario *La simiente del fuego*.

Sus poemas, textos críticos y traducciones han aparecido en diversas revistas de España y México (Cuadernos del Ateneo, Círculo de Poesía, Clarín, Fábula, Fogal, La Resistencia, Marcapiel, Nexo, La Galla Ciencia, Piedra y cielo y en los suplementos culturales de los periódicos Diario de Avisos y La Provincia. Diario de Las Palmas. Su obra poética se ha traducido al griego para la Antología de poesía hispánica contemporánea, que la editorial Vaxkikon publicó en 2014, y al alemán, para la antología bilingüe Tenerife: paisajes de palabras, que la editorial Puntillo publicó en 2016. Ha participado como ponente y presentador en la sexta, séptima y décima edición (2012, 2013 y 2016, respectivamente) del Festival Internacional de Literatura 3 Orillas, que se celebra en diferentes lugares de las islas Canarias.

Ha colaborado con el escultor Román Hernández en sus proyectos artísticos Armario de luces y sombras, acompañado de testamento ológrafo y otros enigmas (2011), Cuestiones ineludibles: una poética del silencio (2015) y Memento mori (2022).

En el ámbito de la gestión cultural, ha sido director de la revista de literaturas insulares Trasdemar durante el periodo 2020-2023; miembro de su comité de redacción, desde 2023 hasta la actualidad; y coordinador del proyecto cultural La Poeteca de Canarias, desde 2021 hasta la actualidad. Asimismo, ha impulsado una iniciativa para que la ciudad de La Laguna presente su candidatura a la Red de Ciudades Creativas de la UNESCO (UCCN), como Ciudad de Literatura.



Santa Cruz de Tenerife
AYUNTAMIENTO